

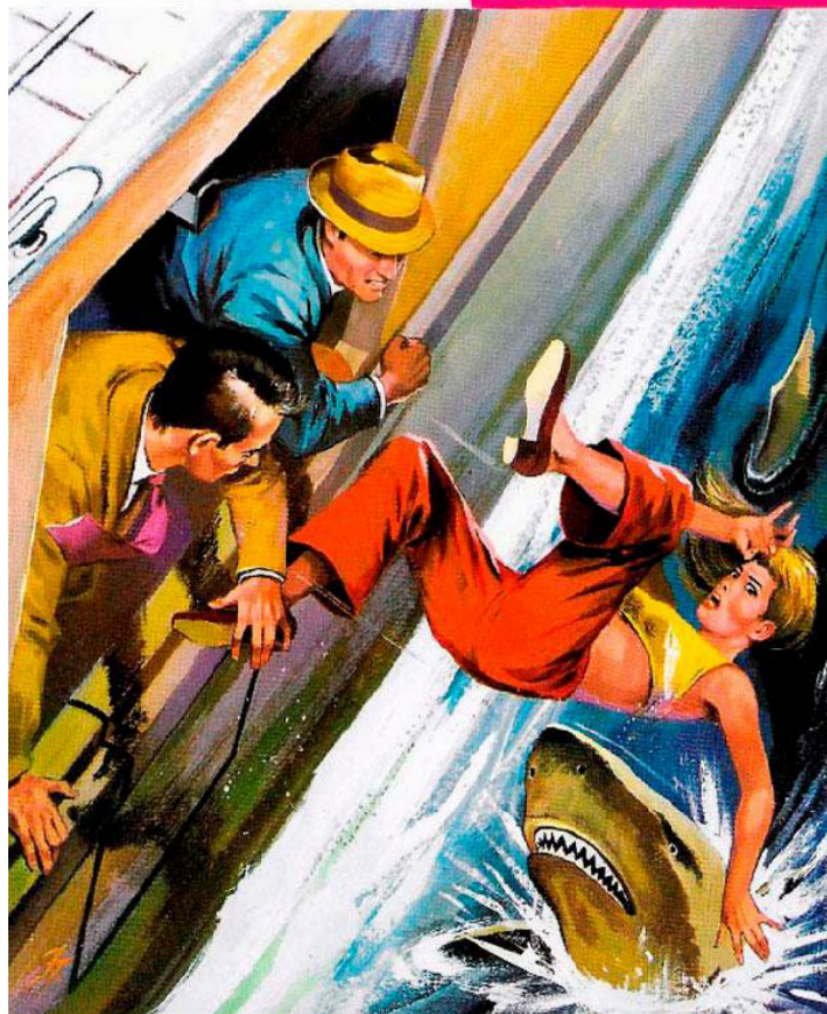
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

los tiburones

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LOS TIBURONES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 477

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 15.818 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1971

© SILVER KANE, 1971
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Dan Mallory estaba en plena actividad laboral. Dan Mallory tenía los pies sobre la mesa.

Dan Mallory había abierto sobre sus rodillas una revista en la que aparecían chicas en deshabillé muy deshabillé.

Dan Mallory, a pesar de todo, se había dormido.

Dan Mallory se mataba por la empresa en que trabajaba.

Con hombres como él se hacía grande el país y se creaba la concordia entre las naciones.

Dan Mallory soñaba.

Soñaba con las chicas de la revista. Y en un aumento de sueldo.

Y en un ataúd de caoba.

¿Un ataúd de caoba?

¿Pero eso qué tiene que ver?

Naturalmente que tiene que ver. Hay que aclarar que en el ataúd de caoba que Dan Mallory imaginaba estaba encerrado su amado jefe.

De pronto una mano le zarandéo. Pero él ya no trabajaba.

—¡Dan! ¡Dan! ¡Despierta, maldito seas! Era la voz de su amado jefe.

Que por lo visto no estaba en el ataúd. Cuerno, hay gente que no se decide nunca.

—¡Dan! ¡Despierta de una vez o te echo por la ventana! ¡Además no me quites las revistas! ¡Ésta es mía!

Dan, ante tan graves amenazas —sobre todo por lo de la revista— abrió los ojos. Su jefe estaba ante él.

El todo poderoso, el gordinflón, el ricachuelo detective privado Malcom.

—Ah, ya estoy listo. A sus órdenes. Jefe.

Malcom se dio un par de golpecitos en el estómago.

Parecía mentira que alguna vez hubiera sido un investigador

privado audaz y solitario, un tío de esos que se suben a los tejados, fotografían a la gente desde el interior de las alcantarillas y persiguen a las señoras «in» para dar informes a los maridos que están «out».

Ahora Malcom estaba aburguesado.

Había ganado mucho dinero en su profesión, sobre todo obteniendo informes comerciales de los que luego, el muy cerdo, se aprovechaba personalmente para asociarse a según qué fulanos.

Ahora tenía una agencia de detectives privados en la mismísima Quinta Avenida.

Con una enorme placa.

*«INFORMES CONFIDENCIALES MALCOM
SERIEDAD Y RESERVA GARANTIZADAS»*

Pero él ya no trabajaba.

Tenía, unos cuantos galgos muertos de hambre para que persiguiesen a las liebres. Malcom sólo decía:

—¡A ésa! ¡A ésa!

Y sus pobres empleados a correr. Todo el día matándose. Ya se ha visto.

—¿Qué pasa, jefe?

—Tengo un trabajo para ti.

—¡Estoy rendido! ¡Esto no puede ser! Me encargó uno el mes pasado.

—Y lo terminaste en dos horas.

—Sí, porque al cabo de dos horas y media estaba en el hospital.

—Pero ya has tenido tiempo de reponerte. Hala, muévete.

—¿Qué he de hacer?

—Tienes un trabajo agradable. Proteger a una mujer.

—¿Una mujer? ¿De cuántos siglos de edad?

—Esta vez te equivocas. No es vieja, sino joven. Digna de figurar en esta revista. Se llama Mary Sinatra.

Dan Mallory se puso en pie de un brinco.

¡Mary Sinatra!

—¡La chica millonaria que, sin embargo, por exhibirse, hacía de modelo publicitaria! ¡La de las mejores piernas! ¡La de la mejor bolsa! ¡La de las mejores caderas! ¡La de...! ¡La de...!

Malcom le zarandeó.

—¡Deja de pensar lo que piensas! ¡No eres más que basura!

—Y encima basura mal pagada.

—¡Rápido! ¡No hay un minuto que perder! ¡A volar! Tienes que ir a Miami.

—¿Miami?

Dan Mallory se despertó del todo. Ir a Miami ya era distinto. Hoteles de lujo, señoras de lujo, besos de lujo.

Muertos de lujo.

Porque Dan Mallory ignoraba lo que estaba pasando en Miami en aquellos momentos. Dan Mallory no sabía que...

El comisario Silvester, de la Brigada Portuaria, masculló:

—¡Qué asco!

En efecto, el espectáculo no resultaba muy estimulante. No era, por supuesto, de los que contribuyen a abrir el apetito.

—Parece mentira que esto haya sido un hombre.

—Y un hombre importante. Uno de los más importantes de Estados Unidos.

—¡Bah! Quizá un traidor.

—Eso no se sabrá nunca. Y no le costaría tener un poco más de respeto a los muertos, Silvester. O a lo queda de los muertos.

Silvester se tragó las palabrotas que le hubiera gustado soltar.

No era prudente decírlas delante de Donovan, el más acreditado columnista de sucesos del Miami News. Luego él las publicaba. Cochino país, pensaba Silvester: A ver si ni la policía iba a poder mandar...

Pero concentró su atención en lo que tenía delante de los ojos.

Eran los restos de un hombre, pescados materialmente a dos millas del litoral por los hombres de la Brigada Portuaria. No tenía brazos ni piernas. De la cabeza sólo una parte. Lo único más o menos entero era el tronco, pero cosido también a feroces dentelladas.

Silvester musitó:

—Es increíble. Los tiburones nunca se habían acercado tanto a la costa.

—Y ha debido ser una buena manada.

—Se han hartado, los malditos.

—Y menos mal que los debió asustar el ruido del motor de nuestras canoas —dijo uno de los policías—. De lo contrario no

queda ni eso.

Señaló los restos.

Verlos causaba una angustia especial.

Hay que ver los restos que los tiburones dejan para comprender lo que es el horror.

Silvester gruñó:

—Cierto, estas fieras nunca se habían acercado tanto a la costa, aunque también se han dado casos de bañistas engullidos en la misma playa. Bueno, vamos a lo que interesa: hay que identificar a Zukov.

Zukov, llamado como el famoso mariscal soviético, era americano, hijo de padres rusos. Mejor dicho, lo había sido, porque ahora ya no era nada. Lo que quedaba de él era tan informe que iba a resultar hasta difícil identificarlo. Menos mal que se le veía la cara.

—Que pase su ama de llaves.

Su exama de llaves, la persona que mejor podía conocer a Zukov, entró en el depósito de cadáveres. Vio los restos y un segundo después estaba patas arriba. Se había desmayado de tal modo que costó un kilo de sales volverla en sí. Y costó veinte largos minutos que pudiera firmar el acta de identificación.

Silvester ordenó:

—Que pase el portero de la finca.

Éste también conocía muy bien a Zukov, por haberle visto todos los días durante más de quince años. Y el portero no se desmayó, pero hubo que sujetarle la mano para que pudiera firmar el acta.

Luego pasaron dos ayudantes de Zukov. Y tres compañeros de laboratorio. Todos firmaron el acta.

La identificación estaba lista. Ahora sólo faltaba la autopsia, aunque maldita si iba a aclarar alguna cosa.

Y después el entierro. Y después, ¿qué se le va a hacer?, el eterno olvido.

Silvester masculló:

—Hay que llevarse esto de aquí. Me quita el apetito. Y pensar que mi mujer me habrá preparado asado para la cena...

Dan Mallory volaba hacia Miami.

Buen tiempo sobre toda la costa atlántica de Estados Unidos. De Richmond para abajo, un verano que no se terminaba nunca.

Chicas pistonudas en las playas. Y millonarios no tan pistonudos que se sentían caritativos y querían a toda costa repartir su dinero entre ellas.

Dan Mallory dejó el
DC-9

en el aeropuerto de Miami y se dirigió en taxi hacia Miami Beach, donde viven los ricachones. El que le había contratado lo era, aunque no estaba en Miami. Malcom se lo había dicho:

—El que paga la factura y los gastos es el padre de Mary Sinatra.

—¿Dónde está?

—En Boston. Sus negocios le retienen allí. No puede dejarlos ni un día. Además, de poco le serviría ir él personalmente, porque su hija no le hace ningún caso.

—¿Y dónde está su hija? ¿Dónde está Mary Sinatra?

—La encontrarás en Miami Beach, en el hotel Doral. Es un sitio pistonudo, demasiado lujoso para que tú lo ensucies con tus puercos zapatos.

—Ya entraré descalzo.

—No te alojarás allí. La factura de gastos no da para tanto. Pero vigilarás día y noche para que a Mary Sinatra no se la lleven.

—¿Quién se la va a llevar?

—Una especie de yatchman y de conquistador profesional llamado Costello. Dan Mallory alzó un poco la mano antes de que llegaran al hotel Doral, en el mejor sitio de Miami Beach.

—Por favor, déjeme aquí. No hace falta que llegue hasta el hotel.

—Bien, señor.

Pagó los tres dólares que costaba la carrera y se apeó. Dan Mallory no llevaba equipaje. Nunca lo llevaba cuando estaba trabajando, porque era un estorbo. Lo que pudiera necesitar lo compraba sobre la marcha.

Mientras se acercaba a la lujosa entrada del hotel, flanqueada por un pequeño lago artificial, pensaba en su última conversación con Malcom.

—Conozco a Costello. Tiene un magnífico yate y varias veces al año organiza viajecitos «de placer». Siempre se lleva a las mejores chicas. Pero hasta ahora habían sido coristas, modelos y todo eso. ¿Por qué también Mary Sinatra?

—No olvides que ella es modelo por afición.

—Pero también millonaria. Mary no necesita el dinero que ese cerdo de Costello paga a las chicas para que viajen con él.

—De todos modos quiere ir.

—¿Voluntariamente?

—Claro...

—No me diga que a ella le gustan esa clase de aventuras, jefe.

—Todo lo que sea aventura a Mary Sinatra le gusta. Aunque sea de las más abyectas. Su padre, naturalmente, le ha negado toda clase de permisos, pero eso ¿de qué sirve? Ella es mayor de edad.

—Y yo, ¿qué he de hacer?

—Evitar que vaya con Costello.

—¿Y cómo?

Malcom había sonreído paternalmente.

—A puñetazos, hijo querido, a puñetazos...

De modo que Dan Mallory ya sabía lo que le esperaba. Y sabía también por qué su jefe le había elegido a él.

Por sus puños.

Campeón Universitario de boxeo antes de que lo echaran de la Universidad. Campeón de aficionados de la costa atlántica, en la categoría del peso fuerte, hasta que le retiraron la licencia por dos borracheras seguidas. Campeón militar en Fort Noxx hasta que le echaron seis meses de cárcel por «entrenarse» hinchándole un ojo a un coronel.

Bueno, y ahora estaba allí.

Lo que se dice una «brillante» carrera.

Dispuesto a llevarse por delante las narices de todos los buitres que rodearan a Mary Sinatra.

Claro que aún quedaba la última pregunta hecha a Malcom.

—¿Sólo para eso me necesitan? ¿Para qué me lée a puñetazos por ahí? ¿Por qué no contratan a un matón?

—Porque tú, además de puños, tienes cabeza, hijo. Poca, pero tienes. Yo te he dado una sólida formación legal en mi gran organización de detectives privados. Si ves que ese tal Costello coacciona a la chica de algún modo, tú no tienes por qué pegar. Simplemente, lo denuncias. Pero si ves que no hay caminos legales para evitar que se vaya con él, tú le das...

Bueno, tenía que darle.

Los tres gigantes le esperaban en el vestíbulo del hotel. Eran tan altos como las torres de la catedral de Lima. Uno de ellos aún llevaba un esparadrapo sobre un ojo, lo cual indicaba que no mucho tiempo atrás había disputado su último combate.

No le dejaron ni llegar a recepción. Le «recibieron» ellos.

—Oye, tú...

—Acércate, muchacho.

—Escupe tu nombre.

—Y dínos dónde quieres ser enterrado. Y si prefieres la tumba al sol o a la sombra.

Dan Mallory encajó las mandíbulas.

—¿Quiénes sois? ¿El comité de recepción?

—Nos han dicho que vendrías.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El padre de Mary se fue de la lengua.

—¿Cómo? —farfulló Dan.

—Le dijo a Mary que ya vería. Que pronto le iba a dar un escarmiento. De eso dedujo Costello que enviaría a un matón o a un detective privado. En fin, a un muerto de hambre, que viene a ser lo mismo. De modo que no hubo más que vigilarlo y al cabo de par de días lo vimos entrar en la perrera de Malcom, en Nueva York. Y, muy poco después, de la perrera salió un perro, que eres tú. Y te hemos seguido y ahora estamos todos aquí. Ya ves.

Otro le enserió los dientes. Le faltaban tres.

—Como en familia —dijo.

Dan Mallory miró en torno suyo. No pensó que fueran a zurrarle allí.

El vestíbulo del hotel Doral estaba lleno de millonarios finolis y de millonarias con vestiditos de encaje a los que no gustaría ver cejas que saltaban ni narices partidas, aparte de algún que otro diente que fuera rodando hasta las escupideras.

Pero los tres gorilas ya rodeaban a Dan Mallory. Dos de ellos se colocaron uno a su derecha y otro a su izquierda, y el tercero se situó detrás. Los de los lados le tomaron amablemente por los brazos, con la mejor de sus sonrisas. Pero en sus manos, clavándoselas en las costillas, había dos pistolas chatas del 7'65.

—Vamos arriba, muchacho.

—Arriba hay un gimnasio estupendo.

—Y a esta hora no hay nadie en él.

—¿Para qué quieren la gimnasia esos millonarios?

—Pero nosotros la haremos, muchacho. Gimnasia sueca. Y hasta, si te empeñas, un poco de gimnasia japonesa.

No llamaban la atención de nadie.

Parecían un grupo de amigos que se dirigieran a los ascensores.

Poco después de encontraban en la planta superior, en el gran gimnasio. Efectivamente, no había nadie en él. Bueno, sí, había una especie de fideo en un rincón, pero que se largó inmediatamente al ver entrar a aquella pandilla de gorilas.

Soltaron a Dan Mallory.

Las chatas pistolas fueron guardadas. Y crujieron los nudillos.

Tres anchas sonrisas, tres caras de cemento y seis puños de hierro. ¿Qué cuerno podía esperar un detective cuyo sueldo no llegaba a los quinientos machacantes por mes?

Uno de los gorilas escupió al aire. Miró a Dan.

—Vas a reflexionar, muchacho.

—¿Qué he de reflexionar?

—Costello sale mañana en su yate. Va a hacer un viajecito de placer por las pequeñas Antillas, y Mary Sinatra le acompaña. Le acompaña por su propia voluntad.

¿No es verdad, nena?

La voz dijo cantarínamente desde la izquierda:

—Sí, claro. Porque me da la gana. Dan Mallory miró hacia aquel lado.

Y entonces se dio cuenta de que la chica les esperaba y además lo había visto todo. Acababa de aparecer en el umbral de una de las puertas que daban a la sección de sauna. No usaba más que unos *shorts* y una blusa casi transparente. Tenía unas caderas, unas piernas y un busto que habían llenado de curvas las portadas de las mejores revistas del país. Pero así, al natural, estaba aún mejor. Sus labios pulposos y golosos tenían una vida salvaje, una especie de ansiedad que se transmitía al aire. Dan quedó boquiabierto.

Ella avanzó cadenciosamente sobre los altos tacones de sus zapatos.

—Me voy con Costello por mi propia voluntad —dijo mirando a Dan—. Ya soy mayorcita y sé lo que me hago. Costello no va a comerme porque esté una temporadita con él dándome buena vida

en su yate. Y no necesito que mi padre me amenace ni me envíe a un detective muerto de hambre como usted. Hala, lárguese. Se nota que aún le falta por pagar el último plazo del traje.

Dan Mallory se la quedó mirando. Lo único que dijo fue:

—Narices, nena.

La chica siguió avanzando.

Pero uno de los gorilas se puso entre Dan y ella. Lo peor fue que le quitó a Dan la vista.

Farfulló:

—Te hemos dado una oportunidad, aprovéchala.

—¿Y si no quiero?

—Pues si no quieres, es muy sencillo. ¿Tú has visto alguna vez la antorcha de la Estatua de la Libertad?

—Muchas, ¿por qué?

—Porque vas a subir. Mallory silabeó:

—De nada servirá que yo me marche. Vendrá otro.

—No, cariño, no nos has entendido. No queremos que venga nadie más. Tú nos has caído simpático, de modo que no te tienes que ir de Miami precisamente. Bastará con que hagas la vista gorda, te estés mamando algo en el bar mientras Mary embarca y luego cablegráfies a su padre diciendo que no te has dado cuenta. Con esta táctica ganarás no sólo algún dólar, sino también algún hueso.

Dan Mallory silabeó:

—Nada tan fácil. Soy un cerdo repulsivo. Un tío acostumbrado a faltar a mi deber.

—¿Lo ves? Siempre he dicho que contigo íbamos a entendernos.

—Claro que sí. Pero hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Costello me cae gordo. No quiero que sobe a la chica.

Los gorilas rechinaron los dientes los tres a la vez. Fue como una sinfonía en «ra», con acompañamiento de trompa.

Mary Sinatra barbotó:

—¿Pero a qué esperáis? ¡Dadle! Le dieron.

Claro que el que da también se expone a recibir. Por lo pronto quisieron darle puñetazos y no le dieron más que recuerdos. Dan saltó hacia atrás, se colgó de una de las argollas del gimnasio y, llevado de su impulso, retrocedió hasta una de las ventanas que tenía a su espalda. Lo más que hicieron los puños de sus enemigos

fue provocar el parto prematuro de alguna mosca, que puso de pronto los huevos de la semana siguiente.

Dan se soltó de la argolla. Tendió la derecha hacia atrás.

Uno de sus enemigos venía hacia él.

Ahora en la mano diestra de Dan Mallory había una pesa de diez kilos. La disparó contra la cara del gorila y le dio de lleno con una de las bolas.

Aquella cara pareció deshacerse en el aire.

Hasta un *punching-ball* que estaba a diez metros quedó teñido de rojo.

El gorila no murió, pero sintió de pronto que le entraba todo el sueño retrasado, de los últimos cinco años. Cayó con los brazos en cruz y ya no se levantó en una semana. Los otros dos gorilas llegaban a paso de carga, y uno de ellos sujetaba una larga pértiga de las empleadas para hacer flexiones de cintura.

La cruzó con gran maestría entre las piernas de Dan Mallory.

Éste, de repente, ya no supo dónde tenía la izquierda no dónde tenía la derecha. Pronto no supo tampoco dónde tenía la cabeza.

Salió despedido y chocó contra las barras paralelas, dando media vuelta antes de quedar empotrado en uno de los sacos terreros que se empleaban para hacer guantes.

A Mary Sinatra empezaba a interesarle de verdad aquello. Dijo con voz henchida de placer:

—¡Dadle! ¡Metedle el saco dentro de las costillas! ¡Dadle bien, muchachos!

Los dos volvieron a avanzar.

Pero Dan Mallory se había dado cuenta del peligro y estaba rehaciéndose. Porque no tenía otro remedio, claro.

Ahora las cosas se habían puesto feas y ya no iban a hundirle algún hueso, sino tal vez a dejarle tieso para siempre.

El más gordo atacó por la izquierda.

Mal asunto el que a uno le sobre algún kilo, sobre todo en el estómago.

Todos los trompazos se juntan en el mismo sitio. El gorila se encogió al recibir el impacto un poco por encima de la cintura, y boqueó ostensiblemente mostrando los tres dientes que le faltaban.

¿Quién ha dicho tres dientes?

Un segundo después ya nadie se acordaba de ellos.

Mientras el fulano se contorsionaba, el otro, que era el del esparadrapo, movió los puños como dos molinetes. No sólo falló, sino que le ocurrió algo muy extraño: el esparadrapo cambió de sitio. También parecieron cambiarle de sitio las cejas, pero ése fue un detalle del que sólo se dio cuenta bastante más tarde.

Dan Mallory pegaba como un condenado. Nunca se había sentido mejor.

O quizá con más miedo. Porque sabía que aquel combate podía ser a muerte. El de los dientes volvía.

Quería probar suerte a ver si encontraba alguna pieza por el camino.

Dan Mallory tuvo tiempo de preparar el golpe, un gancho de derecha apoyando bien las piernas y cargando todo el peso en el mismo lado. El brazo salió despedido como una catapulta.

Y la mandíbula del gorila se puso a chirriar como un órgano averiado. De los dientes ya no se acordaba nadie.

El individuo salió despedido hacia atrás, se abrazó al saco de arena como si fuera el cuerpo de alguna chica, y terminó resbalando hasta el suelo, sin encontrar un alma caritativa que le contara los diez segundos reglamentarios. Claro que al alma caritativa se le hubiera cansado el brazo, de tanto subirlo y bajarlo. El tío iba a tener sueño hasta la cuenta de ciento dieciocho y medio.

Mientras tanto el del esparadrapo volvía.

Era un fulano de buena voluntad, no cabía duda. Y no con buena voluntad se consigue todo.

Hasta quedarse sin narices.

Dan Mallory le alcanzó de lleno y hasta con cierta facilidad, puesto que el otro avanzaba ciegamente. Se oyó un lúgubre «chaaask» y el individuo cayó hacia atrás después de intentar sujetarse al aire. Ni en las tiras de cómics se había visto una voltereta semejante. Dio de lleno contra una puerta, la abrió con la cabeza y resultó que aquello era un excusado. Bueno, a aquel fulano, ¿qué más le daba?

Dan Mallory se frotó los nudillos.

Había que ver lo que tenía que hacer uno para ganarse la vida. Por eso hay que tomarse ciertas compensaciones, qué caramba. Dan Mallory se acercó a la chica.

Hay que ver lo cómo estaba Mary Sinatra. De cerca mejor que de

lejos.

Al menos había que probarlo.

Pero como estaba mejor era pegadita a uno. De muy cerca mejor que de cerca.

Y Dan Mallory lo probó.

Ella se estaba muy quieta.

Clavando en el hombre una mirada desafiante. Como diciéndole:

«¿Pero a qué esperas? ¡Ya que has empezado, termina! ¡Bésame de una vez, gamberro!».

Dan Mallory la besó.

La besó de tal modo que llegó a olvidarse de que era un siervo, un empleaducho, un muerto de hambre de la oficina del potente Malcom.

Mary Sinatra, cuando tuvo los labios libres, susurró:

—¿Y encima cobras?

—Esta vez no estoy tan seguro de que vayan a pagarme, nena.

—¿Te ha contratado mi padre?

—Sí.

—Pues dile que por esta vez puede irse al diablo. Yo soy mayor de edad. Nada va a ocurrirme porque pase unos días en el yate de Costello.

Dan Mallory entendió lo que ella quería decir: «Nada va a ocurrirme que no me haya ocurrido ya». Y, la verdad, era una lástima.

—Una cosa es haber tenido líos —dijo—. Pero otra lo de Costello. Con ese cerdo quedarás marcada para siempre. Todas las que le acompañan en sus viajes son simples mercenarias del amor. No es que tenga nada contra ellas, pero no es razonable que a ti te confundan.

Mary Sinatra bisbiseó:

—Tienes razón, chato. Te haré caso. Esta vez ha acertado de lleno mi padre. Bueno, Dan no supo bien si su padre acertó. Pero que de alguien acertó de lleno estuvo seguro.

El que se había situado a su espalda.

Ése le alcanzó como una pieza de artillería alcanzaría un blanco situado a tres metros.

Le dieron en la nuca con algo que no pudo saber lo que era. Pero, a juzgar por el impacto, debió tratarse de la quilla de un

acorazado. Bruscamente se desplomó.

Y al caer ni siquiera pensó en tratar de sujetarse a las piernas de Mary Sinatra.

El pobre tío... ¡cómo estaría!

CAPÍTULO II

Cuando despertó, estaba tendido en una zona de playa cercana al hotel Atlantic Towers. Era de noche. No se veía a nadie por allí, ni siquiera los enamorados que siempre suelen quejarse sobre la arena de la incompreensión del mundo que les rodea. De la magnitud del trompazo que le habían administrado daba idea la cantidad de horas que se había pasado sin sentido. Le daba aún la sensación de tener la cabeza partida en dos. Su cara estaba cubierta de sangre coagulada.

Dan Mallory intentó ponerse de pie. No pudo.

Cayó de bruces sobre la arena, mientras respiraba agitadamente. Todo el cuerpo le dolía. Y unas violentas náuseas, causadas por el propio dolor, le revolvían el estómago.

Se daba cuenta de lo que aquello significaba. Había sido sólo una advertencia.

Pero a la próxima le matarían.

Y además ¿qué podía hacer ya?

Seguro que Mary Sinatra había embarcado por la noche. Seguro que el lujoso yate de Costello ya se había hecho a la mar.

Poca a poco se fue rehaciendo.

De la piscina del Atlantie Towers llegaban voces y risas.

Seguro que había gente que se bañaba en la alegre noche de Miami.

Pero en cambio no había huellas de pisadas en la arena. La luz de la luna lo mostraba con claridad. Nadie se había acercado al mar, lo cual explicaba la impunidad con que sus agresores lo habían dejado allí. La gente, de pronto, le había cogido pánico a la costa. ¿Sería por los tiburones, que nunca se habían acercado tanto? ¿Sería que nadie quería acabar como Zukov, cuya muerte ya habían dado cuenta los periódicos cuando Dan Mallory llegó a Miami?

Transcurrió una interminable media hora. Y al fin logró ponerse

en pie.

Se acercó al agua, se mojó la cara y trató de dar un aspecto, decente. Pero su americana estaba manchada de sangre, de modo que se la quitó. En Miami no llamaría la atención ver a un hombre con la americana bajo el brazo.

Entró en el Atlantic Towers. No era tan caro como el hotel Doral, ni mucho menos. Tampoco era de su categoría. Pidió una habitación en el último piso y allí se aseó. Luego salió a comprar ropa. En la zona de Miami Beach hay muy pocas tiendas, pero algunas están abiertas toda la noche.

Compró un pantalón y una camisa claros y unos zapatos de lona. Sus ropas viejas se las llevó en un paquete que arrojó al mar. Luego telefoneó al llamado Club de los Millonarios, donde sabía que estaba, o había estado anclado, el yate de Costello.

Dijo que era del Miami News y que quería hacer una entrevista al millonario. Pero le contestaron que el ilustre pájaro no estaba allí. Su yate había salido dos horas antes, llevando como siempre una abundante carga femenina.

Bueno, eso no se lo dijo el del otro lado del cable.

Pero Dan Mallory lo entendió cuando le notificaron que el yate había marchado «al completo».

—Gracias.

Colgó el teléfono y se llevó las manos a la cara, rumiando su fracaso en el silencio aséptico de la cabina. Le habían dado un buen esquinazo y ya no se reharía. Mary Sinatra se había marchado con aquel granuja de Costello. Y él ¿qué iba a hacer?

En el primer momento estuvo a punto de llamar a Malcom a Nueva York y decirle que todo se había ido al diablo.

Pero decidió luchar aún.

Quizá el yate de Costello, después de todo, no estaría tan lejos. Fue al puerto turístico de Miami Beach.

Desde allí salían durante el día una serie de embarcaciones con techo de cristal que servían para dar vueltas por los canales y por entre las islas donde estaban las residencias de los hombres más ricos del mundo. Era como decir a los viajeros: «¡Hala, pasa envidia!». Pero a los turistas eso les gusta.

También solían acercarse por allí algunos dueños de pequeñas lanchas que ofrecían la misma vuelta pasando además por sitios

pintorescos, de menos calado. Por la noche no los encontraba uno, pero Dan Mallory tuvo suerte esta vez. Una pareja de enamorados, todavía con las caras enrojecidas de tanto hacerse «chup, chup», acababan de dejar una lancha.

Mallory pidió al dueño que no se fuese aún...

—Quisiera un viaje especial —dijo—. Busco un yate.

—¿En alta mar?

—Puede.

—Tengo prohibido alejarme más de tres millas, por otra parte no me gusta. Los tiburones nunca se habían acercado tanto por aquí.

—Es el yate de Costello. Estaba invitado y lo he perdido.

—¿Una borrachera?

—Una chica.

—Pues no lo entiendo. Allí encontrará tantas como quiera. Costello siempre sale.

—Es que me estaba entrenando.

El de la lancha le miró con envidia.

—Le costará cincuenta dólares. Y si a tres millas de la costa no lo hemos visto, lo sentiré por usted. Pero yo no quiero que me retiren la licencia, ¿entiende? Entonces volveremos grupas.

—De acuerdo; volveremos grupas.

La lancha salió a mar abierto después de dar una fascinante vuelta por las islas donde cada palacio tiene su puerto privado. Cada una de aquellas islas brillaba en la noche como una luciérnaga. En cambio el mar estaba negro como una mancha de tinta.

El patrón debía conocer de otras veces el camino que tomaba el yate de Costello, porque tomó un determinado rumbo sin vacilar. Pero dijo en tono pesimista:

—No lo alcanzaremos nunca. El Oasis, el yate de Costello, es mucho más rápido que mi cascarón. Y si encima nos lleva horas de ventaja...

—Lo sé, pero de todos modos siga. Nada cuesta probar. Mejor dicho, cuesta cincuenta pavos.

Dieron una vuelta y entonces se llevaron una buena sorpresa. En el horizonte, a un poco más allá del límite de las tres millas, se distinguían unas luces. Eran las luces de un yate, desde luego, y además las luces de un yate de los de aquí. Hubiera podido jurarse

que estaba detenido.

El patrón sacó unos prismáticos.

—Infiernos..., juraría que es el Oasis.

—¿Pero qué hace parado ahí?

—¿Y a mí que me cuenta? Quizá le esté esperando a usted. Enfocó con los prismáticos y luego me los dio a mí.

—Es el Oasis.

Efectivamente, el yate era de los que causan impresión. Sólo unos cuantos «pobres ricachones» de este mundo podían tener una joya así. Cuento usted con los dedos de las manos (y de los pies) y quizá le sobren. Costello debía estar forrado desde que enseñó por primera vez el ombligo.

El patrón susurró:

—Bueno, ahí lo tiene. Me acercaré en obsequio a usted.

—Todo lo contrario, apague las luces.

—¿Pero por qué?

—Voy a llegar a nado. Quiero darles una sorpresa.

—Amigo, no sé si se ha enterado de que hay una manada de tiburones por estas aguas. Y le aseguro que los tiburones no descansan de noche.

—Correré ese riesgo. Pero guarde silencio sobre todo esto, amigo. Y lárguese.

En lugar de dar cincuenta dólares a aquel tipo, Dan Mallory le dio setenta y cinco. Ya se vería luego lo que hacía con la nota de gastos el tigre de Malcom. A lo peor le obligaba a tragársela.

No lo pensó más.

Al diablo con los tiburones...

Los tiburones no tienen por qué querer morder a un pobre fulano que todavía no ha pagado ni el seguro del coche.

Se lanzó al agua nadando hacia el Oasis. La distancia era todavía larga: casi dos millas. Como para acabar con los pulmones encima de las cejas, a pesar de que el mar estaba en calma.

Dan Mallory no supo cuánto tiempo estuvo nadando.

Desde luego no batió ninguna marca olímpica. Si aquello llegan a cronometrarlo, los cronometradores se van a dormir y vuelven a la mañana siguiente.

Pero no podía arriesgarse a quedar desfallecido en mitad del mar. Tenía que dosificar sus fuerzas. Además, lo peor iba a llegar en

cuanto pusiera los pies en el yate.

Se sentía reventado cuando pudo asirse a algo: la cadena del ancla del Oasis.

¿Pero por qué estaba anclado? ¿Por qué no se había ido lejos? ¿Qué hacía allí? Claro que la cosa podía tener su explicación.

Normalmente Costello salía de día. Esta vez había salido de noche para poder llevarse a Mary Sinatra, anticipando la partida en unas horas. Y como la primera noche suele ser la más excitante, había decidido aprovecharla. Daba la fiestecita a poca distancia de la costa. Y en un yate anclado uno se siente mejor que en un yate navegando, aunque la mar esté en calma.

Se oía música saliendo de los salones.

Y a través de los ventanales se veían figuras danzando estrechamente unidas. Dan Mallory imaginó la escena.

La gente allí dentro, besuqueándose y preparándose para la orgía.

¡Y él allí fuera, con los huesos más fríos que la espina de una merluza! Decidió subir.

No podía estarse allí indefinidamente, esperando a que un tiburón se decidiera a hacerle una visita.

En las aguas del Caribe, cuando ha sido advertida la presencia de una manada, no se puede jugar.

Por fortuna nadie vigilaba en cubierta. Aquel yate modernísimo y totalmente automatizado, requería dotación mínima. Los mismos invitados debían divertirse haciendo las pequeñas faenas marineras, cuando el lujoso cacharro estuviera en marcha.

Dan Mallory se izó.

Nunca le había parecido tan fría la noche de Miami. Y estaba tan débil que hasta se le torcían los tobillos.

El Oasis tenía un ancla de emergencia y otras piezas guardadas en un pequeño departamento de cubierta. Dan Mallory pudo ocultarse allí. De momento descansó, que era lo que le hacía más falta.

Media hora después notó que las parejas salían a cubierta. Seguían bailando allí. Un potente equipo hi-fi

se había puesto a funcionar y difundía por el aire la música.

Las chicas debían estar medio borrachas. Se oían carcajadas

estridentes.

Y de pronto se oyeron carreras. Se perseguían unos a otros.

Aquello era como una cacería humana.

Los hombres como Costello siempre encuentran nuevos sistemas para divertirse. Después se hizo el silencio. Los invitados ya debían estar repartidos por los camarotes. Fue entonces cuando Dan Mallory salió dispuesto a dar la escenita.

Si Costello se había tomado tanto interés en Sinatra, era porque la quería para él. Por lo que la tendría en su camarote. Y la chica bordeaba la minoría de edad. Y el Oasis estaba anclado en aguas jurisdiccionales del Tío Sam. En fin, que él aún podía empaquetar el asunto, vamos. Aunque aquella sucia aventura estuviese consentida por una chica como Mary Sinatra, loca de atar.

Descendió al primer puente por unas lujosas escalerillas. Vio un gran salón, donde se había celebrado el baile.

Botellas vacías, restos de un fabuloso buffet frío, el suelo, un par de cortinas rasgadas... Era evidente que la gente había empezado a alegrarse allí, mientras bailaba.

Ni un camarero. Mejor.

Así sería más divertida la sorpresa para Costello.

A través de los ventanales se veían brillar las quietas aguas bajo la luna del Caribe. Era esa luna sensual y perezosa que asoma en las postales y que hace soñar a mucha gente: ¡Oh, qué maravilla! ¡Y qué quietud! ¡Y qué paz!...

¡ZAAAAAS!

El rostro del desconocido había aparecido junto a una de las puertas. Debía ser uno de los invitados, porque iba vestido de *smoking*. Miraba hacia Dan con rostro asombrado.

Pero inmediatamente todo el cuerpo de Dan se convirtió en aquella especie de puño demoledor.

El desconocido brincó por los aires.

Pero no era un alfeñique ni mucho menos. Pesaba tanto como Dan Mallory. Y mientras brincaba extrajo una larga gümía de empuñadura de oro, con la que hubiera podido partir en diez pedazos iguales el cuello de una jirafa.

Pero no aspiraba a tanto.

Le bastaba con el cuello de Dan.

Éste se hizo para atrás mientras el otro brincaba pasando

bruscamente al ataque. La gumiá brilló ante los ojos de Dan, quien detuvo el golpe con el antebrazo izquierdo e inmediatamente disparó un golpe mortífero con su puño derecho.

Fue fácil.

El otro ni siquiera había soñado en cubrirse. Su pómulo izquierdo pareció ir a salirle por el derecho. Hizo un extraño giro y cayó de bruces sobre el alféizar de uno de los ventanales, que estaba abierto. Los cristales se bajaban como los de la puerta de un coche, alguno de los invitados había abatido aquél para que entrase el aire suave de la noche. Dan Mallory sujetó a su enemigo por los pies y lo alzó.

No podía permitirse correr ningún riesgo. Aquel buitre estaba medio inconsciente, pero aún así, intentó patearle.

Dan empujó un poco.

Y lo vio hundirse en las aguas suave y velozmente, como se hundiría un pedazo de plomo.

Ya no tenía que preocuparse de aquel tipo.

Se despertaría del K.O., cuando ya llevara media hora en situación de ahogado forzoso.

Dan se deslizó entonces hacia el pasillo, pegándose a las paredes decoradas con lujosa caoba.

Los camarotes estaban allí.

En algunos se oían susurros y risas ahogadas, mientras otros permanecían hundidos en un sospechoso silencio.

¿Cuál podía ser el de Costello?

Dan creyó adivinarlo. Sólo uno tenía el pomo de oro, mientras los demás lo tenían de plata. Aquellos lujos asiáticos eran normales en un yate como el Oasis. Dan lo hizo girar levemente.

Pero la puerta no se abrió. Estaba cerrada por dentro.

Apretando los labios, Dan Mallory llamó con los nudillos. Esperaba que Costello se decidiese a abrir, y entonces... Bueno, Dan tenía una duda. No había decidido si le atizaría con el puño izquierdo o con el derecho.

Pero nadie abrió. Dan volvió a llamar.

Y entonces, con sorpresa suya, oyó la voz pastosa de Mary Sinatra:

—¡Seas quien seas, lárgate de una vez, idiota!

No cabía duda de que la muchacha estaba colaborando en el

cochino asunto. Nadie la forzaba. Era ella misma la que se había puesto en brazos de Costello.

Dan Mallory sintió asco.

Si era ella misma la que quería acabar como un pingajo, allá ella.

Decidió largarse del yate ahora mismo. ¿Qué cuerno tenía que hacer allí? ¿Para qué tenía que molestarse en seguir un asunto que ya estaba perdido y condenado antes de empezar?

Chascó dos dedos y subió de nuevo a cubierta. Pensó: «¡Al agua!».

Aunque tardase dos horas en llegar a la costa, llegaría. Y una vez allí telegrafiaría al padre de Mary Sinatra diciéndole que se metiera a su hija en conserva.

Pero ahora las cosas habían cambiado en cubierta. Un fulano vigilaba. Un fulano con una metralleta.

Iba paseando de babor a estribor, con el arma bajo el brazo, y no vio a Dan Mallory. Pero su presencia obligó a éste a tenderse casi en las escaleras, procurando pasar desapercibido.

Parpadeó.

¿Qué diablos significaba aquello? ¿Para qué cuerno hacía falta un tipo con una metralleta en un crucero de placer donde no se jugaba nada, excepto, si acaso la muy dudosa virtud de unas cuantas chicas?

Dan Mallory se encogió de hombros casi sin darse cuenta. Bueno, ¿y a él qué le importaba?

Allá Costello con sus costumbres. El yate era suyo. Como si quería instalar en el Oasis las torres de tiro de un acorazado.

Decidió largarse, pero lo peor era que aquel inesperado guardián no le dejaba salir. Para llegar hasta la borda tenía que atacarle, y a Mallory le parecía estúpida cualquiera de las dos alternativas: o jugarse la piel o causar una nueva víctima.

Decidió esperar.

Junto a las escaleras tenía un pequeño compartimento-almacén como el que le había servicio para ocultarse antes.

Hasta allí sí que pudo llegar.

Y se escurrió velozmente justo en el momento en que el guardián daba media vuelta.

Ya se presentaría alguna ocasión favorable. Aquel tipo no se

estaría toda la noche allí.

O se largaría o se produciría un relevo. Y entonces habría llegado un momento favorable para que saltase por la borda.

Mientras tanto descansaría. Buena falta le estaba haciendo.

Pero la ocasión favorable que tan lógica le había parecido no se produjo. El centinela siguió vigilando incansablemente a un lado y a otro, sin descuidarse un momento. Ciertamente se produjo un relevo dos horas más tarde, pero duró apenas unos segundos. Un nuevo buitre sustituyó al que había estado primero.

Para acabar de complicar las cosas, otro individuo que Dan no había visto jamás salió también a cubierta. Era un fulano con un maletín del que empezó a sacar toda clase de extraños aparatos: algo parecido a una sonda, algo parecido a un termómetro submarino... Empezó a hacer mediciones y a anotar los resultados en una libreta. Dan Mallory estaba más extrañado cada vez.

En un buque científico de los que surcan los océanos no hubieran podido hacerse las cosas con más seriedad.

¿Qué hacía aquél individuo? ¿Buscaba tal vez ponerse en contacto con un submarino? Pero no, no podía ser. Lo que realizaba era una auténtica y sensata medición de la profundidad y temperatura de las aguas. ¿Para qué? ¿Qué le importaba eso a Costello?

Mientras todas esas cosas tan inesperadas ocurrían empezó a amanecer. Dan Mallory se consumía de impaciencia. Pero no encontró la menor oportunidad de llegar hasta la borda sin tener que jugarse la piel.

Su situación se hacía cada vez más difícil. La animación en el yate iba creciendo.

Aparecieron otros dos marinos, pero no eran los marinos normales que uno espera encontrar en una embarcación de placer.

Iban armados hasta los dientes. Cada uno de ellos llevaba al cinto un cuchillo y una pistola del nueve largo.

Dan Mallory estaba más extrañado cada vez.

Y se alegraba de no haber saltado antes por la borda, porque estaba descubriendo cosas que antes jamás imaginó.

Pero aún estaba bien lejos de imaginar la verdad.

Aún no podía ni sospechar que iban a ocurrir cosas que poco más tarde le parecerían un maldito sueño.

CAPÍTULO III

Todo comenzó con la maniobra del buque. El ancla fue levada y el Oasis empezó a balancearse un poco más que antes, pese a que la mar seguía en calma. Desde la cabina de mando viraron el timón y la proa se orientó hacia el Sudeste. Lo curioso era que el que parecía dirigir la maniobra era el tipo que había estado haciendo las mediciones durante todo el tiempo anterior.

¿Qué significaba aquello?

¿Y qué cuerno buscaban?

El Oasis se alejó algo más de la costa, ante el asombro creciente de Dan Mallory, que lo veía todo por una pequeña rendija. Pero la velocidad era poca y no parecía querer ir a ningún sitio; más bien daba la sensación de que buscaba orientarse. Hasta que el fulano de las mediciones dijo de repente:

—¡Por aquí...!

Las máquinas pararon.

Volvió a ser echada el ancla, y el Oasis se balanceó suavemente de nuevo. Entonces ocurrieron otras dos cosas singulares:

La primera de ellas que fue bajado hasta el agua el bote de salvamento de Oasis, que tenía un magnífico motor fuera borda.

La segunda que empezaron a salir las chicas. Eran cinco.

Tenían caras de sueño, porque sin duda habían empezado a dormirse justamente entonces; poco antes de que las despertaran tan impensadamente. Aún tenían los ojos medio cerrados y no se habían ni lavado la cara. Sus ropas eran de lo más sumario. Había una que no llevaba puestos más que unos pequeños *short*.

Mallory no distinguió entre ellas a Mary Sinatra. Pero conoció enseguida a las otras, porque eran famosas estrellas de los escenarios frívolos. Mareaba pensar en el dinero que costaría traer a todas aquellas joyas allí. O Costello tenía pozos de petróleo, o minas de oro, o había comprado todos los teatrillos del país y decía «Con

ésta me quedo y a ésta la dejo». Pero aparte del dinero que costaran había para quitarse el sombrero y pensar: «¡Qué señoras!».

El propio Costello apareció poco después. Pero seguía sin verse a Mary Sinatra.

Costello era un tipo que ya había bordeado la curva de los cuarenta y se había dado siempre una vida de auténtico pachá. Por eso no era de extrañar que tuviera una abultada panza y un pecho caído que se le unía con el estómago. Pero por lo demás se conservaba bien. Sus brazos eran largos y debían tener cierta potencia. Sus ojos duros y penetrantes destilaban una extraña viscosidad.

Una de las chicas preguntó:

—¿Por qué nos han hecho levantar ahora? ¿Qué pasa? ¿No íbamos a irnos a las Islas Vírgenes?

Costello lanzó una carcajada.

—¿Y qué papel hubierais hecho vosotras en las Islas Vírgenes, nenas?

—Pero tú nos dijiste...

—Han cambiado las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

Costello señaló al tipo que había estado haciendo mediciones durante parte de la noche.

—El yate tiene deterioros en el casco. No creo que podamos llegar a ningún punto del Caribe antes de que sea reparado.

—¿Y por eso nos echas?

—¡Nosotras creíamos que iba a ser más divertido!

Costello hizo un gesto de hastío que al mismo tiempo denotaba una oculta impaciencia.

—Antes de volver a la costa quiero que unos cuantos hombres revisen el casco —gruñó—. Naturalmente, no tengo el menor deseo de que se diviertan viéndonos aquí.

—¿Y adónde nos llevas?

—¡No podemos ir a ningún sitio con esta ropa!

—Vuestros equipajes irán a la lancha. Eso no es problema. Desde aquí viajaréis directamente hasta la playa particular de mi finca de Glendale. Antes de la noche mis amigos y yo volveremos a veros de nuevo. La fiesta continuará allí.

A todas les pareció bien aquella solución. Eran unos insaciables.

Salieron a la lancha mientras un par de individuos vestidos con camisetas y *shorts*, y que debían pertenecer al grupo de los invitados, cargaban en la pequeña embarcación una serie de maletas y baúles cerrados a toda prisa. Lo curioso —ahora lo notó Dan Mallory— fue que al salir las chicas los individuos de las metralletas y las pistolas del nueve largo habían desaparecido.

Nada de aquello tenía lógica.

Y además tampoco había salido aún Mary Sinatra. Ni habían echado en falta de momento al tipo al que Dan envió a las profundidades la noche anterior.

La lancha motora se puso en movimiento. Las chicas se alejaron haciendo alegres saludos.

—¡Ujuuuuu...!

—¡Hasta la nocheeee...!

—¡Y a ver si os descolgáis con algunos regalitos so roñas...!

El rostro de Costello cambió cuando ellas se hubieron alejado. Los tipos de las armas volvieron a aparecer.

Los invitados también tenían otra actitud.

Ya no parecían acordarse de las chicas.

Un par de ellos se estaban colocando a toda prisa unos equipos de inmersión, mientras los demás les ayudaban.

Aquello, de pronto, había perdido hasta el más remoto aspecto de un crucero de placer.

Dan Mallory pensaba que estaba listo. En cualquier momento iban a descubrirle, y entonces no sabía qué diablos iba a hacer ante dos pistolas y una metralleta.

Pero por el momento nadie se acercaba a su escondite. Parecían ocupados en cosas más importantes.

Costello se dirigió al individuo que había estado haciendo las mediciones.

—¿Qué...? —murmuró.

—Nada por ahora Costello.

—¿Ni rastro?

—Ni rastro. Teniendo en cuenta la temperatura del agua y la profundidad tendrían que estar por aquí, pero no aparecen.

Dan Mallory arqueó una ceja.

«Tendrían que estar por aquí...». ¿Pero quiénes? Costello hizo un visible gesto de contrariedad.

—¿Han podido emigrar a otras aguas?

—No es fácil. No se les ha visto por ninguna parte más. Y si aquí han encontrado carnaza, ¿por qué van a emigrar? Todavía merodearán durante un par de días.

Dan contuvo la respiración.

¡Diablos, ahora lo comprendía! Costello se estaba refiriendo a los tiburones. Y la «carnaza» era el cuerpo de Zukov, que había sido recuperado sólo en parte. De modo que Costello quería dedicarse al excitante deporte de cazar tiburones. ¿Pero por qué? Y para hacer eso, ¿qué molestia le causaban las chicas?

El millonario barbotó:

—No hay que atraerlos.

—No acabo de ver el sistema. He cambiado el yate de posición para buscar un sitio más favorable. Lógicamente tenían que haber venido, pero no se les ve. Y voy a decirle algo más, Costello: no confíe demasiado, porque los tiburones son unos animales que no tienen lógica.

Costello rechinó los dientes.

—Ésos no pueden escapar —dijo—. Es mi última oportunidad. Si escapan, lo he perdido todo.

El de las mediciones se encogió de hombros.

—No sé a qué viene tanto interés por unos tiburones, Costello. Ni por qué ha seleccionado hombres para que desde cubierta los acribillen a tiros.

—Es asunto mío.

—Usted me paga y yo obedezco. Pero como deporte me parece bastante idiota.

—Nadie le ha pedido su opinión, Vance.

—Está bien, está bien... No discuto eso. ¿Pero qué diablos vamos a hacer ahora?

—Ése es asunto suyo, Vance. Le he contratado para que trabajara. Búsquelos. Vance, el de las mediciones, abrió los brazos en expresión de impotencia.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Llamarlos con silbidos? Le he dicho que los tiburones no tienen lógica. Además ¿a qué viene tanto interés, Costello? Todo esto no tiene sentido. Dedicarse a cazar tiburones ¡Uf! ¿Y qué? Usted que tiene dinero, ¿por qué no se va a las islas de Oceanía? Además allí encontrará el famoso tiburón blanco, que es

mucho más temible. Le repito que no entiendo nada de esto.

Costello arqueó una ceja.

—¿Quiere decir que el asunto no le gusta, Vance?

—Ni me gusta ni deja de gustarme. Pero lo que estamos haciendo entre todos es una tontería. Págueme la mitad de lo que convinimos y me largaré.

—Usted no va a largarse, Vance.

—¿Quién va a impedírmelo?

—Yo.

—¿Y por qué?

Estaba visto que Vance no se lo tomaba demasiado en serio. Estaba sosteniendo con expresión de desafío la mirada irritada de Costello.

—Tiene un acuerdo conmigo y va a cumplirlo —masculó—. Necesito encontrar esos tiburones.

—¿Los necesita? ¿Por qué? El de la metralleta susurró:

—Está pidiendo demasiadas explicaciones, jefe.

—Sí —dijo Costello—, demasiadas explicaciones.

Y se encogió de hombros como si dejara el asunto por inútil. Fue con indiferencia hacia donde estaba uno de los hombres que se vestían con el equipo de inmersión. Con la mano izquierda le dio una palmada en la espalda.

—Ánimo, muchacho.

Pero con la derecha sujetaba instantáneamente el pesado cuchillo que formaba parte del equipo. Se volvió en cuestión de segundos, mientras arqueaba el cuerpo con una agilidad que por su corpulencia nadie hubiera esperado.

El lanzamiento fue perfecto. Y salvaje.

Vance ni siquiera vio venir el cuchillo.

De pronto se inclinó hacia delante, mientras lanzaba un gorgoteo de sorpresa y de dolor. El cuchillo se había clavado hasta las cachas en su estómago. Intentó sujetarse a la borda y no pudo. Intentó mantener el difícil equilibrio y resbaló.

Su cuerpo se deslizó hacia el agua.

Costello hizo una seña a uno de sus hombres. Sólo una seña que el otro entendió perfectamente. Manejó uno de los largos bicheros que colgaban de la parte interior del puente.

Antes de que el cuerpo se hundiera del todo, lo enganchó. Dan

Mallory estaba pasmado.

No podía creerlo.

Su primer impulso fue saltar, pero comprendió que eso sería tanto como condenarse a muerte.

No le quedaba más remedio que esperar una oportunidad. Al fin y al cabo nada podía hacer ya para salvar a Vance. Y si él la palmaba también, lo más fácil era que el crimen de Costello quedase impune.

El bichero sostuvo el cadáver a nivel del agua.

—¿Qué hacemos con él, jefe? Costello rió.

Sus facciones habían adquirido una expresión sardónica.

—Ese idiota de Vance había dicho que no sabía cómo atraer a los tiburones, ¿verdad?

—Sí, eso había dicho.

—Pues ahora los atraerá.

El tipo del bichero le entendió perfectamente. Lanzó una carcajada mientras indicaba a uno de sus compañeros que preparase una cuerda.

El cadáver fue izado.

Entre Costello y el otro lo sujetaron por la cuerda, de modo que pudieran mantenerlo en el agua como el que sostiene un cebo pendiendo de un hilo. Sólo que aquí era un cebo humano, un cadáver que no podía darse cuenta de la terrible escena.

Costello barbotó:

—Eso es lo primero que teníamos que haber ensayado. Me gustará saber cuánto tardan los tiburones ahora...

Y fue en ese momento cuando se oyó un aullido. Un angustioso aullido de terror y de muerte.

CAPÍTULO IV

Dan Mallory se dio cuenta. Había reconocido aquella voz. Era Mary Sinatra.

Por las causas que fueran, Mary se había entretenido un rato en el puente inferior, sin que Costello advirtiera su ausencia. O tal vez había pensado que las cosas no se complicarían y la muchacha no significaría ningún peligro, al no ver nada especial. En ese caso, ¿por qué prescindir de una chica tan hermosa y cuya conquista le había costado tanto?

Pero ahora Mary Sinatra acababa de subir a cubierta. Lo había visto todo.

Se había dado cuenta del horror que envolvía aquella extraña expedición marina. Por unos instantes Costello pareció confundido.

Luego barbotó:

—¡Maldita!

Mary Sinatra estaba aterrorizada.

Se había llevado las manos a la boca. Diríase que era incapaz de respirar.

Pero el pánico pudo más que ella. Tuvo un impulso repentino, que seguramente no hubiera tenido nunca caso de no estar tan dominada por el horror. Fue a saltar al agua, aun a sabiendas que quizá nunca alcanzaría a nado la costa.

Pero entonces ocurrió algo alucinante.

Algo que hizo que los dientes de Dan Mallory produjeran un chasquido de horror.

El individuo del bichero se había movido con fantástica agilidad. Alargó el palo Terminado en dos púas curvadas antes de que Mary Sinatra llegara a saltar por la borda. La púa inferior se le clavó en el hombro y la mantuvo como suspendida en el aire. Mary Sinatra lanzó un alarido de miedo y dolor.

Costello barbotó:

—¡Mejor! ¡De todos modos hubiese tenido que acabar con ella!
¡Lánzala al agua, Hans! ¡Los tiburones acuden mejor con una presa viva!

Mary Sinatra lanzó otro terrible alarido.

El horror de la escena parecía poder palparse. Electrizzaba el aire. El del bichero tiró de la chica.

Ella no pudo resistirse, porque si trataba de huir en dirección contraria clavaba más y más la púa en su hombro. El dolor debía ser tan terrible que estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento.

Sólo el miedo la sostenía en pie.

Y entonces el del bichero tiró hábilmente.

Parecía como si manejara sobre cubierta un hermoso pez todavía vivo.

Mary Sinatra salió despedida por encima de la borda. Cayó al agua y trató de nadar, pero el dolor insoportable en uno de sus hombros se lo impedía. A duras penas lograba mantenerse a flote. Era como si los del yate la tuvieran sujeta en las inmediaciones con una cuerda.

Mientras tanto el agua se iba tiñendo de sangre. Lo que más atrae a los tiburones.

¡La sangre humana!

Dan Mallory se había movido en el instante en que Mary Sinatra era arrojada al agua.

No podía resistirlo más.

Parecía haberle empujado un resorte.

Los ojos atónitos de todos aquellos tipos le vieron aparecer. En fracciones segundos le apuntaron. Dan se dio cuenta de que estaba absolutamente perdido.

Como máximo podría llevarse por delante a uno de aquellos malditos antes de que le cosieran a balazos.

Pero eso no le importaba ahora.

Había visto lo bastante para sentir un asco invencible. Para tenerle sin cuidado su propia muerte.

Fue a saltar.

Pero, curiosamente, fue algo absolutamente inesperado lo que le salvó. El hecho de que ni Costello ni los hombres que estaban con él allí le hubieran visto nunca.

Nada tenían que ver con los del gimnasio del hotel Doral. Costello aulló:

—¡Quiero saber quién es! ¡Tal vez haya alguien tras él! ¡No lo matéis! ¡Lo necesito vivo!

Dan ya no llegó a oír aquellas frases.

Estaba prácticamente encima de uno de aquellos buitres. Logró derribarle. Y fue a clavarle en el cuello un de sus mortíferos golpes de antebrazo, uno de aquellos golpes con los que había logrado enviar a más de un hombre a las cercanías del Valle Josafat.

No llegó a tiempo.

Alguien se había situada tras él.

Alguien que le golpeó alternativamente en la nuca con las dos manos abiertas. Dan Mallory cabeceó y sintió una náusea. Sus manos se abrieron en el aire. Notó que le sujetaban y le ponían en pie.

No había perdido el conocimiento, pero por el momento era incapaz de defenderse.

Vio con horror lo que sucedía.

Su mirada alucinada fue más allá de la borda.

Lo que Vance no había conseguido, es decir, atraer a los tiburones situando el yate en zona propicia, lo estaba consiguiendo el tinte de la sangre esparcida en el agua. Lo mismo Vance que Mary Sinatra estaban tiñendo el mar de rojo. Con la diferencia de que Vance ya no se daba cuenta, pero Mary era una víctima que aún podía empaparse de horror. Era, en definitiva, una víctima viva.

Los tiburones venían como flechas hacia ella. Eran dos.

Se veían sus aletas blanquinegras hendiendo el agua como el filo de una sierra. Dan Mallory aulló:

—¡No, malditos hijos de perra! ¡No! ¡Nooo! ¡Noooo!

Y eso que él no corría por el momento peligro de morir.

Pero por su boca salía todo el miedo, todo el dolor que debía estar sintiendo Mary Sinatra.

El grito de la muchacha fue alucinante.

Uno de los tiburones le había sujetado por debajo. Tiró de ella hacia el fondo. El grito se ahogó en un espantoso gorgoteo.

Cuando el cuerpo de Mary Sinatra volvió a emerger ya le faltaba una pierna. A partir de ese momento estaba absolutamente perdida.

Aunque la izasen —cosa que tampoco iba a suceder— nadie podría salvarla después de una mutilación semejante.

Toda la sangre de su cuerpo escapaba a chorros por las arterias desgarradas. Dan Mallory aulló:

—¡Malditos cerdos! ¡Condenados perros...!

No encontraba insultos lo bastante fuertes para expresar su odio. En el Diccionario no los había.

Alguien le golpeó de nuevo por detrás.

Este otro impacto le hizo caer de rodillas. Las fuerzas le fallaban y las piernas se negaban a sostenerle.

El segundo tiburón se había dedicado a Vance, el experto, precisamente, en estudiar aquellos animales. Entre los dos se habían repartido el siniestro trabajo. Éste se llevó directamente la cabeza.

Menos mal que Vance estaba ya muerto. De lo contrario hubiera sido espantoso. Dan Mallory boqueaba.

Nunca había odiado a ningún bicho viviente tanto como odiaba a aquellos malditos tiburones.

Su odio sólo podía compararse al que sentía por los sicarios de Costello.

Pero al menos en ese aspecto hubo venganza. Costello, que lo miraba todo con ojos inyectados en sana barbotó:

—¡Fuego!

Las pistolas y las metralletas vomitaron plomo a la vez. Fue una carnicería.

Los tiburones rebrincaron en el aire, alcanzados de lleno cuando iban a iniciar una de las digestiones más agradables de su existencia.

Ahora el mar sí que se tiñó absolutamente de rojo en todo el costado de estribor de la nave.

Era como una visión de pesadilla.

Costello bramó:

—¡Arriba con ellos!

Los bicheros funcionaron nuevamente. Ahora eran tres. Los dos tiburones fueron izados a cubierta, donde aún lanzaron peligrosos coletazos, en tanto las tablas se iban poniendo resbaladizas de tanta sangre.

—¡Acabad con ellos de una maldita vez...!

Era nuevamente Costello el que había dado la orden. Uno de sus

sicarios empuñaba ahora un hacha pequeña. Y demostró saberla manejar mejor que un pirata de la Edad Media.

¡Chask!

La cabeza de uno de los tiburones se abrió por la mitad. El escualo quedó inmóvil.

Ahora le tocaba el turno al otro. Y el segundo escualo corrió la misma suerte.

En contra de su voluntad, Dan Mallory tuvo que admirar la fuerza y precisión de aquel tipo. A pesar de tener motivos concretos para pensar que el nuevo hachazo sería para él.

Costello gruñó:

—Hay que trabajar en ellos. Y enseguida. Dan Mallory arqueó una ceja.

¿Para qué? ¿Qué cuerno quería Costello? ¿Qué deporte idiota era aquél?

Pero tenía que dejar de pensar en los escualos para pensar en sí mismo. Ahora Costello había avanzado poco a poco hacia él y le miraba fijamente.

—¿Quién eres?

—Tu amadísima tía.

¡Clock!

El puntapié a la mandíbula le impulsó la cabeza hacia atrás. Menos mal que Costello calzaba zapatos delgados, porque de lo contrario le deshace las mandíbulas.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—El presidente Nixon.

Otro puntapié, quizá más doloroso y temible que el anterior, porque fue detrás del pabellón de la oreja.

—¿Quién eres? ¡Contesta!

—Pídemelo por escrito y lo pensaré.

Uno de los sicarios se acercó también poco a poco.

—Éste es de los duros de pelar, jefe —murmuró con una mueca—. Los conozco a una milla. Es de los que se dejan arrancar la piel y no dicen ni la marca de tabaco que gastaba su padre.

—Pues hay que sacarle hasta la marca de las cerillas.

—Tengo un sistema muy simple. Le clavo el bichero en el hombro, como a la chica, y lo arrastro por cubierta. Veremos qué piensa dentro de un par de minutos.

Costello rió mientras parecía pensar en la escena con complacencia. Y Dan Mallory supo con seguridad que era justamente eso lo que iban a hacer con él.

Pero en aquel momento ocurrió otra de aquellas cosas inesperadas que estaban sucediendo en los últimos momentos. Un tipo con aspecto de lobo de mar apareció en cubierta.

—¡Jefe! —masculló—. ¡Hay otro par de tiburones abajo! ¡Están en la trampa!

—¡Perfecto! —gritó Costello—. ¡Dos tiburones más! ¡Entonces ya tienen que estar todos! ¡Bajad a ése también! ¡Bajadlo con ellos!

Y señaló a Dan Mallory.

Éste sintió que el ombligo se le subía a la boca. Y no era casualidad, que caramba.

CAPÍTULO V

Lo arrastraron por los pies. Estaba tan débil que no podía defenderse. Intentó largar un par de patadas, pero sus enemigos las esquivaron con facilidad.

Se abrió una escotilla en cubierta. Allí había una especie de rampa.

Dan Mallory fue colocado sobre ella. Era tan resbaladiza como si estuviese impregnada de jabón.

Le soltaron y se deslizó. Intentó sujetarse a algo, pero no podía. Tampoco tuvo tiempo.

Cuando quiso darse cuenta de lo sucedido, ya estaba abajo. Una superficie dura, pero que no era madera ni metal, le detuvo. Adivinó que se encontraba en el fondo del yate, y además rodeado de una absoluta y viscosa oscuridad.

La escotilla había vuelto a cerrarse sobre su cabeza. No veía ni oía nada.

¿No oía?

Bueno, oír sí. De repente lo notó. Algo daba terribles coletazos en el agua.

Algo... ¡que estaba prácticamente bajo sus pies!

Palpó la superficie sobre la cual se encontraba.

Era de cristal. O tal vez materia plástica transparente. Lo cierto era que resistía su peso.

A los coletazos se unieron dos extraños mugidos. ¡Los mugidos de los tiburones!

¿Dónde estaba?

¿Qué infiernos iban a hacer con él?

Y de pronto lo comprendió.

Unas potentes luces se habían encendido. ¡Se habían encendido bajo sus pies! Y entonces Dan Mallory lo vio todo, mientras sus manos temblaban y mientras sus ojos se dilataban horror.

Iba a ser la muerte más repulsiva que hubiera podido soñar. Una muerte de la que ya no iba a librarle nadie.

CAPÍTULO VI

Estaba sobre una trampa de cristal; lo vio perfectamente. A Norte, Sur, Este y Oeste, planchas de metal. Y arriba la rampa y la escotilla. Era como un pozo: la escotilla estaba en la parte superior, y la trampa de cristal en la inferior. No tenía escapatoria.

Pero eso era lo de menos.

Lo que de verdad le obsesionaba era lo que había abajo. El sitio que acababa de iluminarse bruscamente y al cual iría él a parar en cuanto la trampa de cristal se abriese.

El recinto tendría unos seis metros de largo por seis de ancho. Era, pues cuadrado y relativamente grande.

Estaba parcialmente lleno de agua de mar. Agua con profundidad suficiente para que un hombre sólo se hundiese hasta la cintura.

Y en esa agua flotaban varias cosas horribles: Dos enormes tiburones.

Lo que quedaba del cuerpo de Vance.

Lo que quedaba del cuerpo de Mary Sinatra.

Pese al horror que sentía, el cerebro de Dan Mallory funcionaba. Y funcionaba casi en contra de su voluntad. Se dio cuenta de que el yate tenía en la parte inferior, junto a la quilla y a ambos lados de ésta, unas compuertas que permitían que entrase el agua del mar una vez abiertas, hasta la altura que el mar alcanzaba por fuera. Todo ello sin dificultad alguna y en virtud de la sencilla ley de los vasos comunicantes.

Mediante aquel sistema se podía hacer entrar en las entrañas del buque a una persona, por ejemplo, sin que la viera nadie. Un submarinista, pongamos por caso. O una pequeña embarcación, o un cadáver.

O dos tiburones que merodearan bajo la quilla.

Claro que los dos tiburones habían entrado detrás de la carnaza.

Y ahora, deslumbrados por el súbito resplandor, daban vueltas y cabrilleaban ferozmente.

De pronto vieron los restos que estaban allí, a poca distancia. Los horribles restos.

Dan Mallory, pese a que ya se creía curtido para todo, hubo de cerrar los ojos.

No pudo resistirlo. Tuvo incluso una especie de espasmo.

Era increíble lo que engullían aquellas malditas bestias.

Y era espantoso el colorido que aquella luz arrancaba a las manchas de sangre. De pronto Dan Mallory oyó un chasquido sobre su cabeza, cuando ya su estómago sufría una arcada irresistible.

La trampilla se había abierto. Y el rostro de Costello estaba sobre él. Riendo burlonamente.

CAPÍTULO VII

Su voz llegó clara y nítida, dominando el ruido que producían los coletazos de los tiburones. Dan notó que se burlaba de él al verle tan cerca de la muerte. Pero por otro lado advirtió que Costello era presa de una sorda irritación, como si acabara de sufrir un desengaño muy importante.

Masculló:

—Vas a decirnos quién eres, amigo.

—¿Y eso qué te importa? ¿No vas a acabar conmigo de todos modos?

—Quiero saber quién está detrás de ti.

—Nadie.

—¿Pretendes que me trague eso?

—Haz como tus tiburones. Trágate lo que sea. Costello se impacientaba. Ahogó una maldición.

—¿Quién está detrás de ti?

—Repito que nadie.

—¡Y yo repito que no me trago eso! ¡A ti te han enviado a mi yate por una razón! ¡Dime quién eres!

—Me llamo Dan Mallory.

—¿El buscón de la agencia Malcom?

—Sí.

—No me digas que venías solo por lo de Mary Sinatra.

—Alguien más tiene que estar detrás de todo esto. Dan no entendía demasiado bien de qué se trataba.

Pero no había duda de que Costello estaba metido en un asunto importante, quizá el más importante de su vida. Y creía que alguien —seguramente una organización poderosa— iba tras él para hacerlo fracasar.

Pero en estas condiciones no podía sino decir la verdad. Y la verdad es que él había salido simplemente de la perrera de Malcom.

Era uno de los buscones peor pagados que éste tenía en su jaula.

—Simplemente fui contratado para proteger a Mary Sinatra —dijo—. Te prometo que no hay nada más.

De todos modos, le creyesen o no, Dan Mallory no se hacía ninguna clase de ilusiones.

El resultado iba a ser el mismo.

Había visto ya lo suficiente para que Costello decidiera matarle cien veces. Y había algo más: Costello no quería privarse del espectáculo.

Barbotó:

—Vas a ir abajo, amigo. Y no creas que los tiburones no van a tener apetito después de todo lo que han tragado. Esas malditas fieras no dejan nunca nada aunque luego tengan que estar digiriendo durante semanas.

Dan Mallory sólo pudo barbotar:

—¡Hijo de perra...!

Claro que eso de nada servía ya. Costello masculló:

—Grita lo que quieras, imbécil, pero nadie vengará tu muerte. No se puede hacer investigaciones sobre lo que hay en la panza de un tiburón. No se puede obtener pruebas de nada.

Demasiado lo sabía Dan Mallory.

Se abriría una investigación sobre su muerte y la de Mary Sinatra, pero la explicación de Costello estaría clara: los dos habían caído al agua, por donde desgraciadamente, merodeaban unos tiburones. Unos tiburones de cuya presencia, claro, no era responsable Costello.

Aún así quizá sospecharían de él. Quizá le molestarían a preguntas. Pero nada.

No habría fiscal del Distrito que empapelara a Costello por una cosa así. Y mucho menos un que jurado le condenase.

Lo que más desesperaba a Dan Mallory era que encima su horrible muerte resultara totalmente inútil.

Costello había abierto la boca con una mueca de placer.

¡Ahora!

La trampilla de cristal se abrió.

Dan Mallory intentó sujetarse a algo. ¿Pero a qué? ¿Al aire?

Sus dedos apenas rozaron los bordes de la trampilla en su último y desesperado gesto.

De pronto se hundió en el agua.

Y pensó una cosa tonta: «Había calculado bien». En efecto, sólo se hundió hasta la cintura. Y se vio rodeado de luz, completamente deslumbrado casi, como si le dieran de lleno los faros de un coche.

Costello debía observarlo desde arriba.

Y Dan Mallory, en un gesto inútil pero lleno de desprecio, escupió ostensiblemente al aire.

Los tiburones dieron dos rápidas vueltas en torno suyo.

Le habían visto ya. Las aletas hendían el agua de aquella especie de bañera tinta en sangre.

Sólo faltaba que se decidieran a atacarle.

Pero no lo hacían aún porque los tiburones son animales astutos y cobardes. Querían estar seguros de que no corrían ningún peligro.

Dan Mallory no sentía ya miedo. Sólo sentía un inmenso asco.

Resultaba absurdo en aquellas condiciones tratar de defenderse, pero tampoco quería entregarse a la muerte atado de pies y manos. Él iba a luchar con sus uñas, aunque fuera preciso. Iba a dar trabajo a aquellos asquerosos bichos, los que más odiaba en el mundo.

Mientras las aletas daban una rápida vuelta en torno suyo —una más que quizá sería la última— él reflexionó con desesperación. ¿De qué disponía? De nada; no tenía ni un cortaplumas. La única cosa que podía servirle para prolongar su agonía era la hebilla de su cinturón.

Se lo quitó.

Sujetó férreamente la punta de la hebilla con dos de sus dedos. Era larga y sólida. Según y como la manejase, podía servir igual que un pequeño estilete.

Entonces empezó a chapotear con los pies.

El agua en movimiento asusta a los tiburones. El que ya iba a atacar movió la cola y retrocedió. Él estaba materialmente pegado al fondo de la siniestra piscina, igual que un barco varado.

Dan Mallory oyó un chasquido.

No se dio cuenta de que era el de sus propios dientes.

Una especie de alegría destructora le acometió. Era un ansia salvaje e inexplicable. La alegría irracional de poder matar en el momento de morir. Esa alegría sin sentido que hace que muchos hombres rían pegados a su ametralladora, en la guerra, mientras las balas de sus enemigos también les van destrozando el cuerpo.

Una única ventaja tenía sobre los tiburones, y era el poder atacarles desde arriba y con los pulmones llenos de aire, cosa que nunca le hubiera ocurrido en el mar. Y esa única y precaria ventaja decidió aprovecharla.

Uno de los tiburones atacó a pesar del chapoteo. Venía en línea recta.

Dan saltó con una agilidad de la que nunca se hubiera creído capaz, a pesar de ser un hombre bien entrenado. Durante unos instantes quedó suspendido sobre el agua, mientras el tiburón pasaba por debajo.

Antes de que el escualo se volviera, Dan atacó.

Poniéndose de rodillas en el agua, le clavó la aguja junto a la boca en el momento en que el tiburón giraba. Su piel rugosa y dura pasó junto a él, produciéndole enormes desgarrones en el traje. Pero todo el recorrido lo hizo el tiburón con la aguja clavada y sólidamente sujeta por los dedos de Dan Mallory, que tenía el rostro congestionado por el terrible esfuerzo a que se veía sometido. Si no mantenía la aguja recta, estaba listo. Tenía que lograr que el tiburón se desgarrara el vientre, como una mano se desgarra al pasar por encima de un clavo que sobresale de una madera.

Y el tiburón se desgarró.

Eso sí, produciendo con su piel tales rozaduras en la derecha de Dan que ésta quedó tinta en sangre.

Pero también el tiburón sangraba. Aquello era un auténtico vertedero rojo. Dan no se hizo ilusiones.

La herida del tiburón era superficial. Poco más que un desgarrón en la piel.

¡Lástima que la hebilla del cinturón no hubiera sido más sólida y más larga!

Ahora el escualo atacaría más rabiosamente que nunca. Y entonces todo estaría perdido.

Sin embargo, ocurrió entonces algo que Dan Mallory no se había atrevido a contar: y fue las costumbres repugnantes de aquellos bichos. Cuando un tiburón está herido, sus compañeros no le perdonan. Se arrojan sobre él y lo despedazan, devorándolo como si fuera el manjar más exquisito.

El otro escualo, el que había permanecido quieto, se excitó ante la sangre del herido. Y de pronto dio un salto increíble, un

auténtico salto de delfín, atravesando de lado a lado la piscina y lanzándose sobre él.

Le clavó los dientes junto a la herida. Los coletazos fueron espantosos.

El agua saltaba en todas direcciones. Un agua que ya no era más que una viscosa mancha roja.

Dan se dio cuenta de que uno solo uno de aquellos coletazos podía matarle, o al menos dejarle sin sentido. Y eso quizá sería aún peor, porque se ahogaría en aquel lago de sangre.

Permaneció quieto en un ángulo, intentando protegerse con la débil barrera de sus brazos.

El tiburón herido rebrincó espantosamente un par de veces, pero el otro no cesó.

Sus dientes seguían sólidamente clavados y no lo soltaron. Ante el asombro y repulsión de Dan, se llevó entre las quijadas todo el costado de su enemigo.

Lo engulló en fracciones de segundo para atacar de nuevo. Era inconcebible su furia.

Dan Mallory asistía con los ojos desencajados a aquélla orgía de sangre. Era como una condenada pesadilla. Y al mismo tiempo resultaba todo tan terriblemente fascinante, que Dan no se acordaba ni de por qué estaba allí.

El tiburón herido había dejado de moverse.

Era como un gran tronco que flotase, un tronco rojo que iba siendo despedazado implacablemente por los dientes del otro.

Dan Mallory reaccionó al fin.

Se dio cuenta de que quizá no iba a tener otra oportunidad como ésta. Por el momento el único tiburón vivo no se fijaba en él. Aún estaría ocupado unos minutos con su sangriento trabajo.

Dan hizo algo que nunca se creyó capaz de hacer. Pero la desesperación da fuerzas que uno nunca creyó haber tenido.

¡Saltó sobre el lomo del tiburón!

La hebilla era como un puñal entre sus dedos febriles. Clavó la punta una y cien veces en la cabeza del escualo, con una precisión y una rapidez de las que no se creía capaz. En la zona que estaba atacando se abrió una lúgubre brecha.

Lo curioso fue que el tiburón no reaccionó con la furia que él había temido. Debía haberle atacado en sus centros nerviosos más

vitales, produciéndole una paralización. Luego Dan le destrozó materialmente la cabeza; no tuvo piedad.

Cuando se dio cuenta de que aún estaba vivo y los dos tiburones no eran más que repulsivas masas flotantes, la punta de la hebilla ya no existía.

Había quedado perdida entre la piel rugosa. Dan Mallory respiró hondo.

Era como salir de una borrachera.

Aún no podía creerlo.

Miró hacia arriba, porque sabía que de todos modos Costello iba a acabar con él. No había hecho más que cambiar una muerte por otra.

Tuvo una nueva sorpresa.

Costello ya no estaba allí.

¿Qué pasaba? ¿Le había dado ya por muerto? ¿Qué infiernos había ocurrido?

Y de pronto Dan Mallory oyó disparos arriba. El siniestro «ratatat» de la metralleta.

Y ocurrió algo más asombroso aún.

El suelo... ¡se hundió bajo sus pies!

¡Las compuertas se estaban abriendo!

En el siniestro compartimiento del fondo ya entraba agua limpia.

Estaba... ¡estaba libre!

CAPÍTULO VIII

En el primer momento no lo creyó. Todo aquello le parecía una continuación de la extraña pesadilla que estaba viviendo. Pero se dejó llevar maquinalmente por las circunstancias y se arrojó de cabeza a aquellas aguas poco profundas antes, y que ahora, de pronto, tenían toda la profundidad del océano.

Nadó hacia el fondo durante unos instantes, procurando derivar hacia la izquierda.

Trataba de alejarse lo más posible del yate, el cual veía como una sombra espesa encima de su cabeza.

Ratatatat...

Las balas se hundieron cerca de él. Las detonaciones repercutieron asombrosamente en el agua.

No debían verle, pero tiraban al azar. Y entonces fue cuando Mallory se dio cuenta de que no disparaban contra él. Lo estaban haciendo contra una silueta humana que se encontraba a cierta distancia.

¿Una silueta humana?

¡Dos!

Dan veía confusamente dos figuras que se movían a su derecha, alejándose también de allí. Era dos submarinistas. No llevaban equipo de oxígeno, lo cual indicaba que ni iban a poder estar demasiado tiempo bajo el agua, pero se movían con gran maestría y con una increíble agilidad.

Dan las siguió.

Era evidente que le habían ayudado. No sabía de quién se trataba, pero tal vez su salvación estuviera allí.

Nadó bajo el agua todo lo vigorosamente que pudo.

Se dio cuenta de que su velocidad era superior a la de los dos submarinistas. Y entonces, al tenerlos más cerca, comprendió la razón. No se trataba de hombres... ¡eran mujeres...!

Pese a la goma gruesa de sus equipos de inmersión, se apreciaban las turbadoras formas de sus relieves femeninos. Tenían que ser dos mujeres de campeonato para que sus curvas se notaran de aquel modo. Dos auténticas sirenas... ¡y en aquellas circunstancias!

Dan Mallory no lo comprendía, pero hizo lo que hubiese hecho cualquiera: concentrar todas sus energías en acercarse a ellas y alejarse todo lo posible del Oasis.

Claro que sus fuerzas iban disminuyendo rápidamente. Los pulmones le quemaban.

Otras balas se hundieron en el agua para buscarles, pero quedando ya bastante atrás. Dan se dio cuenta de que estaban nadando con mucha fuerza y alejándose del yate igual que si tuvieran un motor entre las piernas.

Pero aquello no podía durar demasiado. Se estaban agotando, y además oyeron de pronto el trepidar de los potentes motores del Oasis. Éste se ponía en movimiento y los alcanzaría fácilmente, situándose otra vez encima de sus cabezas.

Dan casi lamentó que los tiburones no hubieran acabado con él a la primera dentellada. ¿Para qué tanto, si después de todo el resultado iba a ser el mismo?

Fue entonces cuando divisó sobre su cabeza otra mancha negra. Se trataba de una segunda embarcación mucho más pequeña que el Oasis, pero que estaba muy cerca. Las dos mujeres ascendían hacia ella con la mayor rapidez.

Dan las imitó.

Respiró ansiosamente al encontrarse fuera del agua.

Lo que tenía ante los ojos era una pequeña embarcación de cuatro plazas apta para la pesca de cercanías, pero dotada de un potente motor fuera borda. Con aquello podía conseguir velocidades dignas de dar envidia a un conductor de lanchas rápidas.

Las dos mujeres estaban subiendo ya. Eran una morena y una rubia..., ¡para que no faltase de nada... diablos! Sus formas se hicieron aún más contundentes al subir a la embarcación simultáneamente, una por cada lado para no volcarla.

Miraron a Dan.

—¡Ven aquí, infiernos!

Era la rubia la que había gritado. Y Dan se preguntó si podía

haber alguien que desoyera una invitación tan amable.

Subió también, mientras miraba hacia atrás.

Vio que el Oasis ya venía.

Su afilada proa cortaba majestuosamente el agua. El de la metralleta estaba en la proa.

Ratatatat...

La nueva ráfaga quedó corta, porque aquella arma servía para la lucha a corta distancia y ellos estaban demasiado lejos. Pero el Oasis no tardaría en encontrarse, encima. Tenían que darse prisa.

—¡Tira, Judith! ¡Ponlo en marcha de una vez!

La llamada Judith, que era la rubia, tiró del cable del motor furiosamente. La hélice empezó a vibrar. La misma muchacha dio al timón para enfilar hacia la costa a toda la velocidad posible.

Dan Mallory miró confusamente en torno suyo.

En la lancha había unos cuantos aparejos de pesca y una par de fusiles submarinos. Uno de éstos estaba disparado y su cable se hundía en el agua. Quizá arrastraba alguna presa, aunque las dos muchachas no pensaban ahora en eso. Y si el fusil submarino no caía al agua era porque estaba encallado entre los dos travesaños que servían de asiento.

Dan Mallory se olvidó inmediatamente de aquel detalle. Una captura... ¿y a él que le importaba?

El potente motor rugía. La hélice cortaba el agua a las máximas revoluciones de que era capaz. Aun así, el Oasis seguía ganando distancia indefectiblemente.

Dan acababa de salir del agua, pero tenía la boca espantosamente seca.

Sus ojos sólo veían la silueta del de la metralleta erguida en el punto más alto de la proa del yate buscando una distancia favorable para abrir fuego.

Si podía alcanzarles, les barrería a todos.

Sin embargo, Dan pensó febrilmente que aún podían salvarse.

Se estaban acercando a la costa a una velocidad de vértigo. Ya se distinguían perfectamente las casas blancas de Miami Beach. Pronto los disparos de la metralleta se oirían desde la costa.

¿Se arriesgaría Costello a tanto?

Claro que si los dejaba vivos también estaba perdido.

¿Pero no buscaría un sistema menos ruidoso de acabar con

ellos? El de la proa disparó la última ráfaga.

Y también quedó corta, aunque las balas mordieron el agua a unas diez yardas de la proa de la lancha.

Dan imaginó las salvajes maldiciones de Costello.

Pero ya no podía intentarlo más. El de la proa se retiró. El Oasis viró bruscamente para ir mar adentro.

Dan Mallory respiró hondamente. Aún no podía creerlo.

Pero estaba salvado...

Sin perder velocidad, la lancha se acercó a las suaves playas. Embarrancó en una de ellas, en una zona relativamente solitaria, con tanta violencia que todos salieron despedidos hacia adelante.

Cayeron rodando sobre la arena.

Dan Mallory entre la rubia y la morena.

Pero más hacia la rubia.

Cualquiera hubiese hecho lo mismo, qué diablos.

Era la que estaba mejor. Y eso que la morena también era succulenta.

La rubia creyó que lo hacía con toda la intención. Y le largó un sopapo. Lo cual, después de todo, era un mal final para su condenada ventura.

CAPÍTULO IX

Fue Judith, la rubia, la primera que lo preguntó:

—¿Quién diablos eres?

—¿Me habéis salvado y aún preguntáis eso? ¿Es que no lo sabéis?

—No tenemos ni idea.

—Pues si no tenéis idea más vale que os alejéis de mí. Os habéis metido en un buen lío.

—¿Qué clase de lío?

Dan Mallory se rascó una oreja.

—¿No sabéis quién es Costello?

—No.

—Ni idea —dijo la morena.

—Entonces, ¿cómo cuerno os habéis metido en este lío?

—Tal vez sea un poco largo de explicar —musitó Judith.

—Pues si es largo de explicar más vale que nos larguemos de aquí. Esos buitres pueden volver en cualquier momento.

La rubia se encogió de hombros.

—Ya que estamos metidos en el mismo lío, más valdrá que nos conozcamos. Yo me llamo Judith.

—Lo sabía. He oído que tu compañera te llama así.

—Y mi compañera es Esther.

—Nunca he celebrado tanto conocer a dos chicas. Me llamo Dan Mallory y soy detective privado.

—¿Un buscón?

—Más o menos. Aunque en esta ocasión lo que estaba buscando era la muerte. Judith lanzó una carcajada.

Era una chica sana, alegre. Parecía imposible que nada de lo sucedido la hubiera impresionado.

—Pues si estás metido en un conflicto, nosotras no podemos sacarte de él. Pero lo que sí podemos hacer es ocultarte por unas

horas. Tenemos una casa aquí cerca.

—¿Cerca? Hum... Lo que nos convendría es largarnos a cien millas de aquí.

—Por el momento tendremos que quedarnos, aunque sólo sea para cambiarnos de ropa. ¿Vienes?

Señalaba una casa de un solo piso, situada en la misma playa, casi detrás de una duna.

Dan Mallory comprendió que, por el momento aquel era un refugio tan malo como cualquier otro. Pero era verdad que necesitaba cambiarse de ropas, si es que aquellas dos chicas podían proporcionárselas. Necesitaba también curarse la herida de la mano derecha y las magulla duras que tenía en todo el cuerpo. Tal como estaba ahora no podía ir a ninguna parte.

Y, por último, necesitaba un teléfono.

Era absolutamente necesario contarle a Malcom lo que había ocurrido.

Anduvo tras las dos mujeres, cuyas formas opulentas debían llamar la atención en todo Miami Beach, pese a que allí, como en Los Ángeles, suelen congregarse las mujeres más apetitosas del mundo. No volvieron a ocuparse de la barca.

Sin duda Costello sabía ya dónde estaban. Con sus potentes prismáticos debían verlos desde el Oasis.

Por eso era absolutamente necesario largarse cuanto antes de allí.

Llegaron a la casa, donde las dos muchachas parecían vivir solas. Era un chalet muy bien amueblado y donde abundaban los utensilios de pesca submarina. Sin duda, lo mismo Judith que Esther eran en aquello dos verdaderas expertas.

Judith dijo:

—Voy a la ducha. Tú, mientras tanto, prepara unos *whiskys* bien cargados, Esther.

Esther tendió uno de los vasos a Dan, que bebió con avidez. Necesitaba quitarse de la boca aquella especie de sabor a muerte que la impregnaba. Y sólo cuando el licor lo hubo reconfortado un poco murmuró:

—¿Qué hacéis vosotras dos en esta parte del Caribe? ¿Buscar un millonario que os mantenga?

—Ningún millonario podría con las dos a la vez —dijo Esther

despectivamente.

—Bueno, pues dos millonarios.

—Te has equivocado con nosotras —dijo ella despectivamente—. No somos dos golfitas, sino dos serias empleadas del departamento de Ictiología de la Universidad de Columbia.

—Es decir..., ¿algo así como dos científicas?

—No exageres. Sólo tenemos categoría de ayudantes de laboratorio.

—¿Y cuál es vuestro trabajo?

—Como también somos campeonas de pesca submarina, nos destacamos a distintos mares del planeta para capturar especies de peces que no sean usuales. Al Caribe nos enviaron con toda urgencia después de lo de Zukov.

—¿Zukov?

—Sí, el científico americano hijo de padres rusos —continuó Judith por su compañera, mientras salía de la ducha enrollándose una toalla en la parte inferior del cuerpo—. Decían que si iba a largarse del país con una serie de importantes secretos. Bueno, en eso no entramos ni salimos. No es asunto que nos importe.

—¿Pero a vosotras por qué os han enviado a esta zona? ¿Tenéis algo que ver con los servicios de contraespionaje?

—¿Qué vamos a tener que ver? Aunque seguro que nos pagarían mejor si fuera al contrario. La Universidad nos envió a Miami Beach al saber que una especie no demasiado usual de tiburones merodeaba por aquí. Teníamos obligación de capturar al menos uno de ellos pero no ha sido posible.

—¿Y cómo llegasteis a entrar en contacto con el Oasis?

—Nuestra lancha motora se había acercado a él creyendo que era un yate de ricachones como tantos otros. En realidad, seguimos el rastro de los tiburones y todo lo demás no nos importaba. Pero desde el Oasis les debió parecer lo contrario.

—¿Os amenazaron?

Judith terminó de secarse y se sentó con la toalla medio encima del cuerpo, mientras su compañera pasaba ahora a tomar una ducha caliente.

—Claro que nos amenazaron —dijo—. Un fulano con una metralleta. Precisamente estábamos en el agua y creíamos haber hecho ya una buena captura cuando, al emerger un momento,

vimos el cañón que nos estaba apuntando a la cabeza. No nos quedó más remedio que subir. Esther lanzó el fusil submarino al interior de la lancha y luego nadamos un poco para izarlos hasta el Oasis. Mientras tanto la presa que habíamos hecho, tiraba de la barca, alejándola. Bruscamente nos pareció que habíamos caído en manos de unos locos o de unos sádicos. No entendíamos nada de aquello.

—Comprendo que era para no entenderlo —susurró Dan.

—Nos hicieron bajar por una especie de escotilla hasta el departamento del motor —siguió explicando la muchacha—, pero antes de que nos encerraran comprendimos que o escapábamos entonces o no escaparíamos ya jamás. Nos apoyamos en una palanca, que se movió bruscamente, y yo misma salté sobre el tipo de la metralleta. Él disparó, pero logré desviar su brazo y las balas se perdieron en el aire.

Entonces nos lanzamos al agua y nos hundimos todo lo posible. Mientras tanto él seguía disparando, aunque sin precisión. Fue cuando te vimos a ti.

Dan Mallory asintió.

Ahora se daba cuenta de todo.

La palanca que movieron sin saberlo..., ¡era la que abría las compuertas del fondo!

¡Gracias a eso se había librado él!

Y a que Costello, al oír los disparos de la metralleta, había dejado de mirarle.

—Pero nos hemos salvado sólo provisionalmente —dijo con voz lenta—. En realidad, os he metido en un lío que lamento mil veces. Lo mejor será que me largue cuanto antes de aquí.

—En el lío estamos metidas de todos modos —dijo Judith con una valentía admirable, sin afectarse demasiado—. Igualmente nos hubieran buscado para matarnos aun sin encontrarte a ti. ¿Y quieres que te diga tu una cosa? Me sabría muy mal no saber cómo terminaría esto. Por lo pronto creo que debemos llamar a la Patrulla Portuaria.

—Completamente de acuerdo. ¿Dónde está el teléfono? Judith señaló hacia su izquierda.

En efecto, un aparato azul, que armonizaba con los muebles, descansaba sobre una mesita. Dan fue hacia él, lo descolgó y se dispuso a marcar un número.

Pero de pronto apartó el auricular de su oído como si le quemase.

—No da la señal —dijo.

Él sabía lo que significaba aquello. Habían cortado la línea.

Pulsó la horquilla varias veces inútilmente. Eso significaba que sus enemigos estaban más cerca de lo que ellos habían imaginado. Que estaban prácticamente encima.

—Infiernos...

—Los tenemos aquí —barbotó Judith—. ¿No es eso lo que quieres decir? ¿Pero cómo han podido obrar con tanta rapidez? No hemos oído acercarse al Oasis...

—Ni puede tampoco atracar junto a la playa. Necesita un puerto. Pero por fuerza Costello debe tener cómplices en tierra y ha enviado por radio un mensaje a alguno de ellos. Ése cómplice tiene que estar aquí, junto a la casa. Y quiere impedir, ante todo, que podamos avisar a la policía.

No sabía Dan lo acertado que estaba al suponer eso.

Por que en aquel momento un objeto metálico rompió los cristales de una de las ventanas. Y por el hueco asomó la boca de una metralleta.

CAPÍTULO X

Al buitre que estaba detrás del cañón no lo había visto jamás hasta entonces, pero era lo mismo. Se le reconocía más que si llevara la etiqueta de Costello colgada de las narices. Y era igualmente seguro que el gorila iba a disparar.

Costello necesitaba arriesgarse.

Ni podía dejarlos con vida a ningún precio. Y entonces comprendió Dan Mallory por qué el Oasis había renunciado a perseguirlos a cierta distancia de la costa; Costello tenía medios mejores para acabar con ellos. Podía, enviarles en cualquier momento a un asesino a sueldo.

Y el asesino a sueldo estaba ya allí.

Dispuesto a apretar el gatillo. Además, para intranquilidad suya, la metralleta llevaba un dispositivo silenciador.

Dan Mallory no perdió ni una décima de segundo.

Dio un puntapié a la butaca en que estaba Judith y la envió por el suelo para protegerla. Al propio tiempo utilizó la única cosa que aún tenía a mano: el vaso de *whisky*.

Lo envió contra la ventana.

Con eso distrajo momentáneamente la atención de su enemigo, mientras él se arrojaba al suelo también. El cañón de la metralleta se desvió hacia la cosa que se movía con más rapidez, que era el vaso de *whisky*. Inmediatamente sonaron una serie de taponazos, mientras el vaso se atomizaba por los aires.

Dan había ganado unas décimas de segundo. Y las aprovechó.

La mesita en que estaba el teléfono también saltó contra la ventana. Varias balas se clavaron en la madera, en el instante en que Dan avanzaba en zig-zag.

De todos modos nunca hubiera llegado a tiempo. El de la metralleta se movía ya.

Lo que salvó de nuevo a Dan fue la fulminante acción de Judith. La muchacha saltó, poniéndose al descubierto, como si fuera a sacar un arma del cajón de una mesa. El de la metralleta, que ya iba a disparar sobre Dan, volvió el arma hacia ella.

Eso dio a Mallory tiempo de llegar. Saltó por la ventana contigua.

Cuando el otro iba a sacar el arma para hacerle frente, Dan Mallory ya estaba, sobre él. Le dio un golpe con el antebrazo y desvió el cañón de la metralleta en el último instante. Las balas, siempre sin provocar más sonido que unos leves taponazos, arañaron el cielo.

Dan sujetó a su enemigo y le hizo girar. Fue una presa brutal.

Mientras con la mano izquierda le sujetaba el brazo del mismo lado, por la espalda, con la otra y el antebrazo le sujetaba el derecho y al mismo tiempo le empujaba la cabeza hacia delante. Los dos cayeron sobre la arena que rodeaba la casa. Dan cayó encima, sobre la espalda de su enemigo. Con una mueca de furia le hundió poco a poco la cara en la arena.

El otro se debatió desesperadamente. Llegó incluso a gritar. Dan hizo un titánico esfuerzo mientras le empujaba más y más...

La cabeza de su enemigo llegó a estar totalmente hundida en la arena.

El otro trataba moverse, pero la hercúlea fuerza de Dan se lo impedía. Poco a poco las convulsiones del de la metralla cesaron. Llegó un momento en que no fue más que un bulto inmóvil entre los brazos de Dan Mallory.

Éste le soltó.

Acababa de liquidar a un hombre, pero eso sólo le salvaba por el momento. Costello volvería a atacar otra vez. Le enviaría gorilas y más gorilas hasta que uno lo descuartizase.

Judith lo había visto todo desde una de las ventanas.

Ahora que la macabra escena había terminado se sentía falta de fuerzas, falta de moral. A punto de perder el sentido.

Dan balbució:

—Mejor será que no mires más esto.

—¿Qué... vas a hacer?

—Con franqueza, de momento no lo sé. Pero necesito darte las gracias por lo que has hecho, Judith. Sin ti ese tipo me hubiera

cosido a balazos. Si no llegas a hacer el gesto de ir a sacar el revólver que hay cajón de aquella mesa...

—¿Qué revólver?

—Pues..., ¡cuerno...!, el que tiene que haber en el cajón de aquella mesa. ¿No has hecho el gesto de sacarlo?

—Nunca ha habido un arma allí. Tú ves visiones, Dan. Lo que he pretendido es que aquel individuo lo creyese y eso le hiciera apuntarme. Pero en el cajón no hay más que un tubo de aspirinas...

Dan Mallory hubiese lanzado de buena gana una carcajada caso de no tener un muerto a sus pies.

—¡Diablo de muchacha!

En aquel momento Esther, sin enterarse de nada a causa del ruido del agua, salía de la ducha.

—¿Pero qué pasa? —murmuró—. ¿Por qué habéis rotos tantas cosas? ¿No os habéis dado el primer beso y ya habéis tenido la primera pelea?

CAPÍTULO XI

Era necesario avisar a la policía cuanto antes. Todos lo sabían bien. No sólo aquel cadáver sobre la arena les acusaba, sino que Costello sabía dónde estaban y repetiría su golpe. Todo dependía de unos minutos tal vez.

—La línea está cortada —dijo Dan—, pero hay un puesto de policía a dos millas de aquí. En vuestro coche podemos llegar en un momento.

Judith le miró. Realmente había que reconocer que Dan tenía un aspecto muy poco académico, con sus ropas semiestrozkodas y manchadas de sangre. Claro que para sentarse ante la policía uno no necesita ir vestido de etiqueta. Pero Judith le repitió que era mejor que se cambiase.

—¿Es que tienes ropa aquí?

—Y más o menos de tu medida. Me traje algunas prendas de mi hermano, que va a venir a vernos dentro de un par de días. Están en el otro lado de la casa. Elije las que quieras. Ah... Y lávate bien las manos antes de que te apliquemos algún desinfectante.

—Gracias. No sé que hubiera hechos sin vosotras.

—No seas hipócrita. Lo que pasa es que no sabes qué hacer con nosotras. Y Judith cruzó las piernas audazmente, mientras terminaba de secarse los hombros, en los que aún había algunas gotitas de agua.

Mientras iba al otro lado de la casa, Dan Mallory pensó que, efectivamente, no sabía que hacer con aquellas dos mujeres de campeonato. Estaba en peligro de muerte si Costello le atrapaba. Pero si no le atrapaba, el peligro de muerte era quizá más cierto todavía.

En una de las habitaciones había varias prendas masculinas, todas ellas más o menos veraniegas. Camisas blancas, pantalones del mismo color y jerséis ligeros. También había zapatos deportivos

que le sentaban casi perfectamente a Dan. Por lo visto el hermano de Judith tenía sus medidas casi exactas.

En unos minutos estuvo listo.

Tras lavarse las manos en un cuarto de baño antiguo, volvió a la sala principal. Allí Esther y ya había preparado unos vendajes. Su mano derecha, que estaba atrozmente castigada, quedó así bien protegida.

—Gracias. Y ahora vamos a la policía. ¿Cuál es vuestro coche?

—Ese «Mustang» que ves junto a la calzada.

Efectivamente, el coche no podía hallarse junto a la casa, porque ésta se encontraba prácticamente rodeada de arena. Pero la calzada, a unas yardas, llevaba hasta la carretera principal. Un «Mustang» blanco aguardaba allí. Los tres se dirigieron hacia el vehículo.

Pero Dan se detuvo de pronto.

Había algo que no le gustaba. Algo que quizá no tenía sentido. Pero sus ojos se clavaron en el papel parafinado que estaba en el suelo. Un papel que no tenía nada de especial. O sí que lo tenía.

Esther musitó:

—¿Qué te pasa?

—Esperad.

—¿Pero qué ocurre?

—No lo sé aún. De todos modos, quiero comprobarlo.

Se introdujo en el coche, movió el resorte para levantar el capó y lo alzó tras salir al exterior. En el motor no se veía nada. La posición de los cables era la correcta. Pensó que todo lo que se le había ocurrido debían ser manías suyas.

Pero no se fió.

Pidió a Judith la llave de contacto y la introdujo en la ranura, pero no la hizo girar. De uno de los árboles de escasa altura que adornaban la calzada arrancó una rama. En su extremo hizo una hendidura, una hendidura donde pudiese quedar sujeta la parte ancha de la llave.

Introdujo la punta de la rama por la ventanilla y aprisionó la llave. Así la tenía como si la sujetara entre los dedos. Entonces la hizo girar como si diera contacto.

Inmediatamente, simultaneando los movimientos con una precisión admirable, se arrojó a tierra, alejándose del coche todo lo posible.

Fue eso lo que le salvó.

De lo contrario hubiera sido alcanzado por las llamas.

Del motor partió un horrísono estallido, y todo el «Mustang» se convirtió en una pira. Si llegan a estar los tres dentro en el momento de dar contacto, como hubiera sido lo normal, se convierten en espectros en menos de dos minutos.

Las dos mujeres contemplaban asombradas aquello. No podían creerlo.

Esther tuvo una especie de ataque de nervios. Sus fuerzas le fallaron ahora. Se dejó caer al suelo, gimiendo, mientras se tapaba violentamente la cara con las manos.

—¡Estamos perdidas! ¡Nos matarán de todos modos! ¡Tenemos que irnos de aquí, Judith! ¡Tenemos que irnos en seguida...!

—Eso es cierto —susurró Dan Mallory—. No tenéis que estar a mi lado. Dejad que yo me encargue de todos los detalles y vosotras desapareced de aquí.

—Es inútil —murmuró Judith, con expresión pesadosa—. Ahora ya estamos metidas en el lío y no nos dejarán salir de él. Lo que tenemos que hacer es avisar cuanto antes a la policía.

Ayudó a levantarse a Esther mientras preguntaba:

—¿Pero tú cómo lo has adivinado? ¿Cómo has podido saberlo, Dan?

—Ha sido una inspiración —dijo Dan encogiéndose de hombros—, aunque yo diría que una inspiración con una base bastante razonable. Ese papel de parafina que había en el suelo, junto al coche, es el que se emplea para envolver la schneiderita y otros explosivos de plástico. El hombre que lo colocó lo hizo bien, tan bien que yo no pude descubrirlo solo con la mirada; pero hubo de trabajar aprisa, y eso hizo que no se ocupara del papel. El único detalle que nos ha salvado.

Los tres miraron como hipnotizados aquella especie de pira que era el coche.

—Si llegamos a estar dentro...

—Si llegamos a estar dentro, ya no sentiríamos nada, Judith.

—Eso significa que Costello ha enviado al menos a dos hombres. Uno es el que tú has matado junto a la casa, pero el otro...

El otro estaba muy cerca.

Los tres lo comprendieron en el último instante, cuando casi era

ya demasiado tarde para reaccionar.

El gorila estaba en el tejado de la casa.

Acababa de aparecer en el borde de ésta, armado con una metralleta como la de su compañero. Gracias a la sombra que proyectaba el sol lo distinguió Dan, ya que de lo contrario aquel tipo le hubiese acibillado sin que se diera cuenta.

Saltó hacia la fachada de la casa mientras volaba la ráfaga.

Sabía que por el momento el asesino sólo se ocuparía de él. A las dos mujeres las dejaría para más tarde, para cuando él hubiera sido eliminado.

Las balas picotearon el asfalto junto al coche.

No se había oído ninguna denotación porque el arma también iba provista de silenciador. Judith y Esther se pegaron igualmente a la fachada de la casa.

El de la metralleta desapareció.

Había fallado el primer golpe, pero lo repetiría. Contaba con todas las ventajas. Dan Mallory, pegado a la pared del edificio, rodeo éste.

Las dos mujeres continuaban quietas. Durante unos segundos sólo se oyó el crepitar del coche al ser devorado por las llamas.

Dan se encaramó a una de las ventanas, dio un salto desde el alféizar y consiguió llegar hasta el tejado, pero solamente para asomar la cabeza por su borde.

El de la metralleta le vio. Estaba en el centro y giró velozmente. Las balas picotearon el borde del tejado justo en el momento en que Dan se soltaba. Aunque solamente le rozó, llegó a sentir la quemadura del plomo en sus dedos.

Nuevamente en el suelo, pensó en cómo diablos podría deshacerse de un enemigo que en cierto modo estaba acorralado, pero que les dominaba desde arriba con su mortífera arma.

Decidió jugárselo todo a una carta y repetir la maniobra. Mientras saltaba y ponía el pie en el alféizar de la misma ventana, gritó:

—¡Judith! ¡Corre a avisar a la policía...!

El tipo de la metralleta fue hacia el borde opuesto del tejado, hacia el sitio donde ardía el coche y donde estaban aún las dos muchachas. Fue a disparar.

Pero mientras tanto Dan había alcanzado ya el tejado. Dio hacia

su enemigo un salto que hubiera envidiado un puma.

Se oyó un alarido.

Y los dos cayeron a la calle, mientras la metralleta rebrincaba en el aire.

Un poco más y se hundían en la hoguera en que en esos momentos aún estaba convertido el coche. Pero ellos giraron sobre sí mismos y se pusieron en pie, apoyándose uno en otro. Apenas estuvieron a la distancia mínima, sus puños salieron despedidos como resortes.

Dan sintió un impacto terrible en la mandíbula. Esta vez el que había acertado era el otro.

Vaciló, mientras el asesino atacaba de nuevo. Pero antes de que le alcanzara otra vez con los puños —que habían demostrado ser de primera clase—. Dan puso el pie por delante. Su enemigo recibió el impacto en el estómago y vaciló.

Dan se lanzó al ataque.

Sus puños tampoco eran precisamente de puré de patata. Sus puños tenían, cuando hacía falta, la solidez de la roca.

Disparó su derecha.

¡CHAAAASK! Su izquierda ¡RAAAAC!

La mandíbula de su enemigo parecía haberse partido en dos. Pero aún así resistió; aun así atacó de nuevo. Estaba hecho de basalto, el muy hijo de hiena. Dan Mallory hubo de disparar un «jab» con todas sus fuerzas.

Alcanzó de lleno a un enemigo que venía hacia él sin preocuparse de la guardia, ansioso tan sólo de destrozarle con los puños. El gorila abrió los brazos y saltó hacia atrás con las facciones desencajadas.

Dan aún intentó sostenerlo.

Incluso se quemó la mano derecha.

Pero no pudo evitar que el asesino, en su espectacular voltereta hacia atrás, cayera de lleno entre las llamas del «Mustang». Esther lanzó un grito de horror, mientras se llevaba las manos a la cara.

Dan Mallory la apartó.

Ya nada se podía hacer por aquel tipo.

Las llamas le rodeaban de tal modo que cualquier intento de salvarle hubiera resultado inútil. Judith lo miraba todo con ojos alucinados. Aun así, era ella la que conservaba la mayor serenidad.

Le parecía increíble que todo aquello pudiera suceder bajo el cielo tranquilo de Miami, el mismo cielo bajo el que se dilapidaban, fortunas y se recreaban los ombligos de los millonarios.

Barbotó:

—¿Pero cómo es posible que nadie se haya dado cuenta...?

—El incendio del coche no puede verse desde el mar, porque lo tapa la casa —susurró Dan—. Se ve el humo, pero nadie sabe de dónde proviene. Las llamas, en cambio, se ven desde tierra, pero estamos demasiado alejados del centro. La policía no tardará.

En efecto, se oían ya las sirenas de un patrullero. Unas sirenas más cercanas cada vez.

El coche se detuvo. Unos cuantos policías barrigudos llegaron hasta ellos dando saltitos.

—¿Pero qué cuerno pasa aquí?

—¿Quién es ese fiambre?

Otro policía, más inteligente que los dos primeros, murmuró:

—¿Y quiénes son esas dos beldades? Era el sargento-jefe del patrullero.

Nadie contestó a su pregunta. Todos estaban como hipnotizados mirando las llamas del coche.

—¿De modo que nadie sabe quiénes son estas chicas, eh? ¡Muy bien, pues voy a interrogarlas yo mismo! ¡Que me dejen sólo con ellas...!

CAPÍTULO XII

Los interrogatorios duraron dos horas. Fueron prolijos, minuciosos, monótonos. Desde las ventanas se divisaba el azul purísimo de las aguas, en las que quizá aún navegaba el Oasis. Por una ondulante carretera junto a la playa se deslizaban a poca velocidad los descapotables último modelo. También se divisaba un gran helicóptero, sostenido en el aire como un moscardón perezoso, que dirigía el tráfico.

Silvester era el que dirigía los interrogatorios. Cuando habían transcurrido sólo cinco minutos desde la primera respuesta, ya tenía una idea clara acerca de lo sucedido. Pero, aun así, no se dio prisa. Sabía que el Oasis no iba a poder escabullirse.

Cuando Dan Mallory hubo prestado declaración, Silvester ordenó ponerse en movimiento a la Brigada Portuaria.

—¿Vamos a quedar encerrados? —murmuró Dan.

—Por el momento, no. Yo creo que el fiscal del distrito no tendrá por el momento ningún cargo contra ustedes. Me parece muy claro que esas muertes han sido causadas en defensa propia.

—¿Quiénes eran los tipos que nos atacaron?

Silvester echó una ojeada a las dos fichas que mientras tanto habían depositado sobre su mesa.

—Eran dos asesinos profesionales —murmuró—. Se les conocía como miembros del Sindicato del Crimen en Los Ángeles. No hay duda de que han sido contratados por Costello.

—¿Contratados por Costello? ¿Por qué razón?

—Muy sencillo. Ustedes mismos lo han experimentado: para eliminar a los que estorbaran.

—¿Pero qué diablos busca Costello? ¿Cuál es su plan? Silvester se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

—Por el momento no lo sabemos. Costello es un multimillonario que ha dado ya mucho que hablar con sus extravagancias, pero ésta

no lo es. Cuando lo capturemos, nos explicará lo que busca.

—¿Cree que van a capturarlo?

—¡Pues claro que sí!

Silvester estaba absolutamente convencido.

Pero los hombres de la Brigada Portuaria regresaron poco después con caras de mala uva. Habían descubierto el Oasis, claro que sí. Pero en el lujoso yate no había nadie.

Silvester lanzó una imprecación.

—¿Adónde infiernos pueden haber huido?

—Miami es grande, y en Florida hay muchos escondites —susurró Dan—, pero oí decir al propio Costello que tenía una finca en Glendale. Allí despachó a las chicas que estaban en el Oasis.

—Hemos comprobado eso ya —dijo Silvester—. La finca de Glendale la conoce todo el mundo. Aquello está lleno de chicas que casi se comen a los policías. Los del primer patrullero querían quedarse. He tenido que enviar a un segundo patrullero para que averiguaran qué cuerno estaban haciendo sus amigos.

—¿Y no había ni rastro de Costello?

—No se había acercado por allí. Las chicas, le estaban dedicando unos epítetos que no puedo repetir. Y eso que yo tengo la lengua dura. Pero confieso que había diez o doce insultos que yo aún no sabía.

Dan Mallory hizo un gesto de desaliento.

—Lo de Costello es más importante de lo que parece —susurró—. Yo les ayudaré a buscarlo si me permiten colaborar con ustedes, Silvester.

—No se entrometa en esto, Dan.

—No le gustamos los pesquisas sin chapa, ¿eh?

—Por mi gusto los metería a todos en el Caribe, con el agua hasta el cuello, justo cuando los tiburones celebrasen su convención anual.

—¿Entonces por qué no me encierra? Tiene pruebas de que he matado a más de un hombre...

—Repito que no quiero buscarme líos legales por ahora. En lo que a mi concierne, ha sido defensa propia.

Dan le entendió muy bien.

No hizo ningún comentario, pero sabía lo que el policía pretendía de él. Que sirviera de cebo. Metido en la cárcel, no podía

emplearlo para nada. En cambio, dejándolo suelto, siempre cabía la posibilidad de que Costello se lanzara de nuevo sobre él. Y entonces Costello caería en la trampa...

Pero Dan sabía lo que les ocurre a los cebos. Que la mayoría de las veces se los tragan.

Se puso en pie y salió del despacho de Silvester. Las dos muchachas le siguieron sin pronunciar una sola palabra.

Aún hacía sol sobre el Caribe. Aún estaban llenas de luz y de vida las calles de Miami Beach.

Pero a ellos les parecieron oscuras y casi siniestras. Y era porque sabían que ahora los tiburones no estaban en el mar. Ahora les buscarían por tierra.

CAPÍTULO XIII

El tipo estaba a un extremo de la barra del bar. Llevaba media hora bebiendo con la mirada perdida e iba ya por su tercer *whisky*. Si Dan Mallory se fijó en él, no fue por su aspecto ni por su modo de beber, ya que tipos solitarios como él los había en todos los bares de Estados Unidos, desde Niagara Falls hasta Cayo Hueso. Lo que le llamó la atención fue la insignia que llevaba en la parte superior de su manga izquierda: «Museo Ictiológico del Sur».

Museo Ictiológico... Es decir, un museo de peces.

Dan contempló la luz mortecina que entraba por las ventanas.

Él también llevaba media hora allí y también iba por su tercer *whisky*.

También le parecía, como a aquel tipo, que Miami Beach tenía aquel anochecer un aire siniestro.

Alargó el vaso sobre la barra.

—Raro asunto el de los tiburones, ¿no? El tipo del museo le miró de soslayo.

—Sí, raro asunto —dijo—. De todos modos no hay que extrañarse demasiado. Casi cada año muere alguien despedazado en las playas del Sur.

—Pero se trata de tiburones solitarios; lo extraño es que haya llegado una manada.

—Y de tiburones blancos; eso es lo más sorprendente. Dan arqueó una ceja.

—¿Tiburones blancos? ¿Los ha visto?

—Uno.

Dan estaba más extrañado cada vez.

—¿Uno? ¿Dónde? ¿Lo han sacado del Oasis?

—No, éste estaba en la playa.

—Le prometo que no le entiendo, amigo. ¿Esos tiburones han llegado hasta la misma costa?

—El que le digo estaba muerto. Lo habían atravesado con la jabalina de un fusil submarino, y el cable lo sujetaba a una barca con fuera borda que estaba varada en la playa.

Dan Mallory lo entendió al fin. Susurró:

—Caramba, ahora ya lo entiendo. A ese tiburón lo capturaron dos muchachas submarinistas. Ya casi lo había olvidado. El tiburón tiró de la barca durante un buen rato, hasta que se desangró porque estaba muy bien ensartado. Luego debió quedar flotando en la playa, a poca distancia de la barca, hasta que la gente lo vio.

—Y nos lo trajeron a nosotros.

—¿Qué van a hacer con él?

—Disecarlo, naturalmente. Es un buen ejemplar. En el museo llamará la atención dentro de un par de semanas.

Dan terminó su *whisky*.

Bueno, aquello no tenía el menor interés para él.

Un tiburón disecado, ¿y qué? No sería él quién se decidiese a verlo. Ya estaba harto de peces, sobre todo de peces de gran tamaño. No volvería a probar un plato de pescado en dos años.

El del museo susurró:

—Lo curioso es que todo empezó con lo de Zukov. De lo contrario, de no haber encontrado una víctima tan fácil, es posible que los tiburones no se hubieran acercado tanto. Que hubieran seguido otro rumbo, siguiendo las corrientes cálidas.

A Dan Mallory tampoco le interesaba aquel tema. Pero por educación preguntó:

—¿Por qué se metería Zukov en el agua?

—Infiernos... ¡Cualquiera lo sabe! Y vestido de aquella manera... Y un fulano que nadaba muy mal...

—Eso es lo que no entiendo —susurró Dan, mientras pedía un nuevo *whisky*.

—Zukov lo tenía todo. Dinero, una fama razonable, una mujer bonita... Y eso que estaba soltero. Pero son los solteros los que tienen mujeres bonitas, no los casados. Vamos, digo yo... ¿Por qué un tipo como él perdería el juicio y trataría de llegar a nado hacía nadie sabe dónde?

—Quizá le faltaba la libertad —sugirió Dan.

—¿La libertad? ¡Amigo, éste es un país libre! ¡Nadie puede negar que hay elecciones para presidente cada cuatro años!

Dan prefirió no discutir eso...

—Pero Zukov estaba muy vigilado. Todos los científicos nucleares lo están —dijo.

—No lo bastante. Algunos escapan del país —dijo el del museo—, y siempre por el sucio dinero.

—¿Piensa que Zukov escapaba? El del museo apartó su vaso.

—¡Bah! En todo caso ya está muerto. No hay que preocuparse más del él. Dejó unas monedas sobre la barra y salió. Se lo tragó la noche de Miami, extrañamente neblinosa. El joven pagó también y fue tras él. No le importaba lo que hiciera aquel tipo. No le importaba nada esa noche, excepto encontrar a Costello. Pero lo mismo le daba ir a un sitio que a otro. Por eso le siguió, pensando pararse en cualquier otro bar que le agradase. Iba a acabar la noche nadando en un lago de *whisky*. No se quitaba de ningún modo el sabor a muerte que tenía en la boca.

Ni podía olvidar el grito que lanzó Sinatra cuando se enteró por teléfono de lo ocurrido a su hija.

No, eso era como un veneno que llevaba disuelto en la sangre. Como un secreto de horror.

No se quitaría aquello en muchos años. Tal vez nunca. Por eso necesitaba beber. Giró la cabeza.

MUSEO ICTIOLÓGICO

Un edificio ya bastante viejo, desconchado en algunos puntos. No encajaba demasiado bien entre los bloques resplandecientes de Miami Beach. Pero ya se sabe lo que es un museo, qué diablos: un edificio donde se detiene el tiempo.

Estaba a oscuras.

El individuo del bar se había vuelto hacia él en la plazoleta solitaria.

—¿Qué pasa? ¿Es que quiere ver al tiburón? —masculló. Dan Mallory tenía las manos en los bolsillos.

—Busco otro bar que me guste —gruñó—. Pero en este condenado paseo no he encontrado ninguno que tenga licencia para vender *whisky*.

—Pues pase, maldita sea. Yo tengo una botella en un sitio que no sabe el director. ¿Por qué no puedo echar otro trago? ¿Quién se lo impide a un tío a quien al fin y al cabo pagan una miseria a final

de mes?

Dan necesitaba seguir viviendo.

Lo necesitaba desesperadamente, como en ningún otro momento de su ajetreada vida.

Aún le parecía ver ante él, flotando en el agua turbia, los restos de Mary Sinatra. Y aún volvía a oír el grito desesperado de su padre.

Y oía las palabras de Malcom, aquellas palabras que su «generoso» jefe iba a dedicarle si él se molestaba ahora en telefonar a Nueva York:

Vuelve, hijo mío, vuelve... Te estamos esperando con los brazos abiertos. No necesitas estar ya en Miami. Mary Sinatra ha muerto, ¿no? ¿Pues a qué viene tanta mandanga? Su padre no nos pagará las dietas ni de un día más. De modo que mientras estás ahí, gastas el dinero de la Compañía, muchacho. Mi dinero. La pasta de la cual dependemos todos. Especialmente YO, qué cuerno. De modo que vuelve, hijo. Te espero con los brazos abiertos. Y te voy a dar un puntapié allí mismo si no vuelves pronto, muchacho. Y hasta puede que sea generoso y te dé dos puntapiés en vez de uno...

Sí, definitivamente Dan Mallory necesitaba beber. El del museo había abierto la puerta.

—Y la botella que tengo no es un vulgar «Cinco Rosas —murmuraba—. Un vulgar, Cinco Rosas» fabricado en Kentucky y bendecido por los capitostes de Fort Knox. El *whisky* que tengo es un «Long John» fabricado en Escocia. Venga, venga... Vamos a brindar a la salud de ese tiburón de los mil demonios.

La sala principal, a la que se tenía acceso desde aquella puerta era enorme. Había acuarios iluminados con peces de todos los tamaños y colores. Y en las paredes peces disecados de todas clases. Se veía allí desde peces espada a extrañas estrellas luminosas pescadas en las profundidades del mar de la Sonda.

El guardián desapareció.

Dan Mallory tenía una abrumadora sensación de soledad en aquella sala inmensa.

Pero su nuevo amigo reapareció a los pocos momentos. Traía, en efecto, una botella de «Long John», además de dos vasos. Los llenó absolutamente y ambos bebieron de un trago.

El *whisky*, más fuerte y seco que el americano, abrasó sus

gargantas.

—Otro trago.

—A la salud de los tiburones.

—A la salud de los muertos.

—¿Por qué los muertos?

—No sé... las dos cosas van unidas. Al imaginarme a un tiburón me imagino también un cadáver.

El guardián llenó los vasos otra vez.

—¡Malditos sean todos los peces! —gritó.

—¡Malditos sean...!

El *whisky* volvió a quemar sus gargantas. Dan Mallory pensó que dentro de poco lo verían todo doble. Pero eso, ¿qué importaba?

—¿Dónde está el tiburón? —preguntó.

—Ahí dentro... ¡Uf! ¡Inmunda carroña gelatinosa...!

—¿Han empezado a disecarlo ya?

—No. Empezarán mañana. No hay peligro de que se descomponga. La habitación está refrigerada.

—Quiero verlo —dijo Mallory con voz espesa.

—¿Verlo? ¿Para qué?

—¿No sabes que hoy mismo he estado a punto de que me devorara una bestias de ésas?

—Pues, mira, así no tendrías que preocuparte más de la jubilación, como me he de preocupar yo. Y si el tiburón te agarra la cabeza a la primera, creo que no sufres ni pizca. Pero yo tuve un amigo a quien lo único que le mordió el tiburón fue un callo. ¡Y tendrías que haber oído lo que dijo!

Abrió otra de las puertas, la cual daba a un pasillo. Llegaba desde allí una atmósfera glacial.

Era eso sorprendente y casi confortador en la noche calurosa de Miami.

—Por ahí se va a la que llamamos «sala de autopsias» —dijo el guardián—. ¡Si vieras qué bichos! Se le quitan a uno las ganas de comer pescado, muchacho... Nos los envían desde todas las partes del mundo, y no siempre están bien conservados. Algunos hay que tirarlos.

Abrió otra puerta.

El frío llegaba desde allí.

La sala, iluminada con tubos de neón, era grande, glacial e

inhóspita. Había en ella unas cuantas mesas que parecían aptas para la disección de cadáveres, pero de enorme tamaño. Claro que allí no eran tratados hombres, sino peces, y algunos de ellos verdaderos monstruos. Uno de ellos era el tiburón, quizá el más grande que Dan Mallory había visto nunca.

Los que le atacaron en el Caribe eran gigantescos, pero éste parecía su hermano mayor.

El guardián masculló:

—Ahí lo tienes... Pudo haberte devorado. Y sin duda fue uno de los que se zamparon a Zukov.

El enorme escualo tenía casi todo un costado abierto. Sin duda había luchado ferozmente con la jabalina arpón que le envió el fusil submarino, pero sin conseguir arrancársela. En la oscura y sucia lucha se había ido desangrando hasta perder del todo las fuerzas. Ahora no era más que una masa informe que al día siguiente empezaría a llenar la sala de hedor. Sus fauces, todavía desencajadas a causa del esfuerzo, causaban el mismo temor que si de un momento a otro fueran a abrirse y cerrarse, llevándose entre ellas la mitad de un cuerpo humano.

Dan Mallory sentía deseos de escupir.

—Cochina bestia... —barbotó.

No podía olvidar el modo cómo había sido despedazada Mary Sinatra.

No podía irse de Miami hasta haberla vengado matando a Costello. No, no se iría de allí hasta verle muerto, por mucho que Malcom le amenazara con el despido y se desgañitase.

El guardián murmuró:

—No lo miras con mucha simpatía...

—Si no estuviera ya muerto, volvería a matarlo. Hizo un gesto de hastío.

—¡Bah! Olvídalo... Los tiburones y las serpientes son los bichos más odiosos que ha creado la Naturaleza, pero éste ya está bien listo... Y ahora que lo pienso... ¡Qué cuerno! A este *whisky* que queda le vendría muy bien unos cubitos de hielo... Espera, voy a buscarlos.

Sin aguardar la respuesta de Dan desapareció.

Se oyó el abrirse y cerrarse de un par de puertas.

Docenas de ojos inmóviles parecían mirar a Dan Mallory desde

todas las partes. Ojos sin párpados, ojos horriblemente glaucos, grises, vacíos... Ojos que en cierto modo nunca habían sido de este mundo.

Los peces que colgaban de las paredes también estaban disecados. Pero, por lo visto, aguardaban allí una última fase de consolidación, antes de salir a la sala de exposiciones y estar sometidos allí durante años a los cambios de temperatura.

Todos parecían mirar a Dan Mallory.

Éste alzó la botella de *whisky* hasta la altura de sus ojos.

—A vuestra salud, malditos —gruñó—. Por vuestra feliz resurrección en el mar de la eternidad.

Y bebió directamente del gollete, atizándose un trago que le hizo temblar las piernas. Luego volvió a dejar la botella junto a la enorme mesa donde el tiburón dormía su descanso eterno.

¿Pero por qué tardaba tanto el guardián?

¿Adónde demonios había ido a buscar el hielo?

Dan Mallory seguía sintiéndose observado por aquellas docenas de ojos del otro mundo.

Llegó a estar incómodo allí.

—¡Amigo! —gritó—. ¡Eh, amigo! ¿Qué espera? ¿Qué me disequen a mí también?

Nadie le contestó.

—¡Amigo...!

Allá al fondo del pasillo se oía como si el viento empujase las puertas. Como si mil fuerzas misteriosas las hicieran crujir. Allá al fondo del pasillo reinaban la soledad, el silencio, el olvido.

El olvido espectral de los museos. Dan caminó hacia allí.

Lo veía todo de una manera muy inconcreta.

¿Estaría borracho?

Abrió una de las puertas y vio una especie de pequeña aula. Sin duda los alumnos de ciencias naturales de la Universidad recibían clases allí. En la pizarra había dibujado un enorme pez, pero no se advertía ninguna presencia humana.

—¡Amigo...!

El mismo silencio.

Dan Mallory atravesó el aula y abrió la puerta que había al otro lado. Distinguió un pequeño bar con una nevera. Ahora sabía Dan de dónde eran birladas las botellas de *whisky*.

Allí parecía terminar aquella parte del edificio. No se veía ninguna puerta más.

Dan se pasó una mano por los ojos.

«¿Estaré borracho? —pensó—. ¿Me habré cruzado con ese tipo sin verlo?».

Volvió atrás.

Todo parecía girar en torno suyo cuando llegó a la llamada sala de autopsias. Las grandes mesas otra vez. Y otra vez el enorme tiburón que pronto sería una masa fétida.

Pero no era sólo eso.

Ahora, además, había ocupada otra mesa. Una más pequeña.

Con un hombre encima.

Un hombre degollado.

Dan Mallory, con los ojos desencajados, balbució:

—Amigo...

CAPÍTULO XIV

Toda la borrachera se le pasó de pronto. El alcohol que había bebido se evaporó sin dejar rastro de él. Bruscamente, además del frío que hacía en la sala, sintió el frío de la muerte.

La sangre aún manaba de la espantosa herida. Acababan de degollar al guardián.

Sin duda, éste había vuelto a la sala por otro sitio, encontrándose allí con su verdugo. O con sus verdugos tal vez... Los mismos que estarían dispuestos a acabar con Dan Mallory.

Éste se volvió poco a poco.

Acababa de oír un ruido a su espalda.

Y mientras se volvía sintió en la columna vertebral la tensión insoportable de la muerte.

¡Tenían que estar allí!

El cuchillo voló hacia su garganta.

Era una especie de gumía de ancha hoja con la que sin duda se abría a los peces en canal. Si Dan Mallory no llega a estar tan entrenado o no llega a ser tan ágil, acaba como el guardián antes de darse cuenta de nada. Pero supo apartar el cuello a tiempo. La hoja de la gumía pasó rozándole. Fue una especie de afeitado en seco, pero no le arrancó ni una gota de sangre.

Mallory miró a su enemigo.

Pero no estaba solo. Había dos más. Estos dos eran blancos. El que le había atacado primero tenía aspecto de negro de las Antillas. Resultaba gigantesco.

Dan saltó como pudo antes de que la gumía fuera de nuevo hacia él. Tropezó con una mesa y dio una vuelta de campana invertida. Se encontró rodando de pronto por el suelo, mientras los tres tipos iban en su busca.

Los otros dos también empuñaban gumías muy semejantes a las del primero. No querían meter ruido. Pensaban que tal vez en el

museo había otro guardián que podía oírles.

Dan Mallory encontró la pared a su espalda.

Apoyando las manos en ella, se puso en pie.

Los tres tipos venían hacia él. Uno por cada lado y otro por el centro. Estaba acorralado.

No veía modo humano de salir de allí.

¿Y si gritara? ¿Vendría alguien a ayudarlo?... Pero, no. Gritar era vergonzoso y además no le serviría de nada absolutamente.

Pensó en cuál atacaría primero.

¿Pero qué importaba eso? Era seguro que le atacarían los tres a la vez y le ensartarían con sus hojas de acero.

Dan sólo tenía una posibilidad, aunque fuera una posibilidad más que dudosa. Era el pez disecado que descansaba sobre su cabeza. Alzó velozmente las manos, lo descolgó por el sencillo procedimiento de izarlo de sus soportes, y lo lanzó.

Fue un buen golpe. Y además el pez resultaba lo bastante grande para alcanzar a los tres sicarios a la vez.

Retrocedieron maquinalmente. Incluso hubo uno de ellos que dio la sensación de ir a caer.

Era el de la derecha.

Y Dan se abalanzó hacia allí.

Un gancho a la mandíbula, un cruzado a la ceja.

Se movía con una rapidez diabólica, con esa rapidez que sólo da la desesperación.

RAAAAAC...

La mandíbula de su enemigo parecía haberse abierto. Y es que cuando un peso fuerte como Dan alcanzaba de lleno a un enemigo que ni siquiera ha soñado en ponerse en guardia, los efectos suelen ser mortíferos.

El individuo cayó hacia atrás.

Los dos restantes atacaban furiosamente.

Sus gomas se hundieron en la pared, en el lugar que unos segundos, antes ocupaba el cuerpo de Dan Mallory.

Pero éste ahora ya no estaba indefenso.

Tenía un arma: la goma que acababa de arrancar de entre los dedos de su enemigo K.O.

Los otros dos retrocedieron levemente.

No tenían miedo, sino que esperaban el momento propicio para

atacar. Ahora las circunstancias habían cambiado y se imponía una nueva táctica.

Lo hicieron bien.

Sabían lo que se llevaban entre manos, qué cuerno.

Uno de ellos se lanzó a fondo, sabiendo que así obligaría a Dan a emplear todos sus recursos y a ocuparse solamente de él. El otro, mientras tanto, quedaba a la expectativa, buscando aprovechar la menor oportunidad en que Dan quedase descubierto.

La verdad era ésta: el detective no estaba muy entrenado para la lucha a cuchillo. Algunas veces se había encontrado con navajeros en los barrios bajos de Nueva York o San Francisco, pero no eran tan expertos como este par de condenados.

La guma le produjo un rasguño en la mano izquierda al intentar frenar a su enemigo. Saltó, encogiéndose de dolor, y otra vez se encontró de espaldas contra una de las mesas.

Era la del tiburón.

Con la Mano izquierda alzó su repulsiva cola.

Se protegió tras ella. La puso delante de su cuerpo y eso le salvó momentáneamente la vida.

Ya era hora de que un tiburón le hiciese un favor, qué diablos. La guma se hundió en la carne gelatinosa.

Y Dan aprovechó el momento para alzar la pierna derecha y clavarla en la entrepierna de su enemigo con la violencia de la coxa de un caballo. El otro se estremeció de dolor. Salió trastabillando hacia atrás, mientras el último, el negro, atacaba.

Dan ya se había deshecho del tiburón.

Después de un ágil salto, estaba de pie sobre la mesa.

Saltó a la mesa contigua, mientras el gigantesco negro asestaba un tajo al aire. Pero la situación no había mejorado para Dan, porque los otros dos ya se recuperaban.

Uno de ellos fue a sacar una pistola.

Basta de comedia. Si tenían que matarle con fuegos artificiales, lo harían. Porque éstos no llevaban silenciador ni parecía hacerles maldita falta.

Dan se dejó caer bajo una de las mesas. Las dos balas arañaron el mármol, patinando sobre él.

Nadie iba a oír las denotaciones fuera del museo. Dan Mallory sabía que estaba perdido, pero se dispuso a seguir luchando. Tres

hombres con pistolas y él sol con una sucia gumía. ¿Qué podía hacer? ¿Rezar?

Por el momento atacó. Y lo hizo del único modo que podía: a la desesperada. Lanzó la gumía con todas sus fuerzas, aprovechando el ángulo inclinación.

Como era un arma curva, sólo produciría un arañazo a su enemigo si la lanzaba mal.

Pero jamás había hecho un lanzamiento tan perfecto.

La punta de la gumía se clavó en el cuello del enemigo que venía hacia él. Disparó mecánicamente tres veces y las tres balas se empotraron en el mármol de la mesa, sin llegar a atravesarlo. Eran balas del 7'65 y de escasa potencia. El pistolero trató de arrancarse la gumía, pero entonces un aparatoso chorro de sangre saltó al aire. Su grito gutural pareció llenar la sala con un soplo de muerte.

Los otros dos intentaron rodear las mesas para cazar entre sus fuegos a Dan, pero sin que éste pudiera esconderse. Pero uno de ellos aún seguía estando casi K.O.

Su mirara parecía nublada y necesitaba apoyarse en las paredes. Dan le eligió a él para seguir atacando.

Era una locura.

Pero más locura significaba el quedarse quieto, porque eso sí que era como situarse en un pedestal para el tiro al blanco. Salió prácticamente de debajo mesa y se lanzó de cabeza contra su enemigo, el de la mirada neblinosa.

Éste apenas tuvo tiempo de verle venir.

Disparó una vez, pero en línea recta. La bala pasó ligeramente por encima de la cabeza de Dan, casi cuando ésta se clavaba en su estómago. El pistolero vaciló inclinándose hacia delante.

Los dos rodaron por el suelo.

La pistola disparó otra vez, pero al aire. Estaban los dos debajo de las mesas. Otras detonaciones rasgaron el espacio.

Pero el único pistolero que quedaba en libertad de movimientos no veía absolutamente nada. Se inclinó con la pistola preparada por debajo de una de las mesas. Era el momento en que Dan y sus enemigos formaban un bulto informe en el suelo.

El pistolero no lo pensó dos veces.

Los liquidaría a los dos. Al fin y al cabo, para cumplir la misión que le habían encomendado, no importaba una vida más o menos.

Dan notó que las balas se incrustaban en el cuerpo del hombre abrazado a él.

Supo que las próximas penetrarían en su cuerpo, y por eso se movió con la rapidez de la desesperación. Aprovechó los segundos decisivos. Aquellos segundos en que el herido soltaba la pistola.

Dan no la dejó caer al suelo. Disparó con ella cuando su dueño aún no había acabado de soltarla.

Tenía a su último enemigo acucillado enfrente, apenas a dos pasos de distancia. La bala le penetró por entre las cejas. Cayó hacia atrás, proyectándose contra la pared del fondo.

Dan patinó por el suelo.

El impulso le hizo chocar contra los pies de mármol de otra de las mesas. Y entonces se dio cuenta de que el silencio le rodeaba, entonces se dio cuenta de que estaba en una especie de tumba.

Sus tres enemigos yacían en las posturas más violentas. Dos de ellos acababan de morir, y el tercero se debatía en los espasmos de la agonía. Dan se inclinó sobre él, pero fue un esfuerzo inútil. Cuando lo movía, el pistolero exhaló su último suspiro.

Dan se puso en pie.

Durante unos instantes no pudo pensar en nada; se sentía incapaz de hacer un solo movimiento. Al fin sujetó la botella de *whisky*, que milagrosamente aún estaba intacta. Bebió hasta sentir vértigo y hasta tener la sensación de que se le iba a perforar el estómago.

Pero, curiosamente, se sintió mejor. Empezó a ver las cosas con un poco más de claridad.

Si los tres pistoleros habían entrado allí no era para matar al guardián del museo ni para matarle a él. Es más, incluso debían pensar que el museo estaba vacío. Por tanto, habían venido por una causa muy distinta, una causa con piel rugosa y dientes afilados.

Habían venido por el tiburón.

¿Pero qué importancia tenía aquel bicho? ¿De qué podía servirles? ¿Y cómo pensaban sacarlo de allí?

Un tiburón de aquel tamaño pesaba lo suficiente para que no pudieran arrastrarlo entre tres hombres. Y además no iban a exhibirlo de ese modo por las calles de Miami.

Dan cerró un momento los ojos mientras reflexionaba febrilmente. Mientras daba una y mil vueltas a los sucesos, en

apariencia absurdos, que le había tocado vivir.

Y entonces lo comprendió. ¡Claro! ¡Tenía que ser aquello!
¡Ahora sabía por qué un tiburón, un maldito tiburón del Caribe, era
para Costello lo más importante del mundo!

CAPÍTULO XV

Donovan, el conocido columnista de Sucesos del Miami News, entró en la redacción con las facciones demudadas.

Eso resultaba extraño, porque generalmente era un hombre tranquilo. Pero ahora estaba tan nervioso que hasta tropezó con una de las mesas.

Parker, el director, estaba casi debajo de una de ellas.

Buscaba una colilla.

Era tan avaro que aprovechaba los cigarrillos hasta tener que sujetarlos con una horquilla. Lo cual no tenía nada de extraño, puesto que además de director del Miami News era su administrador general.

Al fin la encontró.

Aún podría aprovecharla.

Y al alzar la cabeza se encontró con la cara demudada de Donovan.

—¿Qué te pasa, muchacho? —farfulló—. ¿Vienes a que te aumente el sueldo? Pues, mira, allí está la puerta de salida.

Donovan dijo solamente:

—Era verdad.

—¿Verdad, qué?

—Lo de la llamada anónima.

—Sí, ya sé. Ese que siempre llama diciendo que en el coche de su mujer ha encontrado unos calcetines que no son suyos.

—No, Parker, esta vez ha sido distinto. En el periódico estamos hartos de dar noticias de millonarias a las que roban los pendientes o de jefes de empresa a los que les roban sus secretarias. Yo sé lo que me cuesta la mayoría de las veces dar interés a la columna porque no ocurre nada. Y ahora..., ¡ahora lo tengo!

—Bueno, Donovan, todo eso debe ser un cuento para ganar más. Pues te digo que vas listo. Además, hemos tenido lo de Zukov. Lo de

Zukov era importante y tú no le has sacado ningún jugo. ¡Ninguno! Has aburrido a la gente. Porque eso es lo que eres: un columnista de segunda fila.

Donovan se había sujetado a los bordes de la mesa. Estaba más nervioso cada vez.

—Tengo el suceso del suceso del año, jefe. Lo tengo para el Miami News, aunque este cochino periódico no lo merezca. Hace poco he tenido una llamada anónima y he ido yo personalmente. No suelo hacerlo porque la mayor parte de las veces son simples bromistas, pero ahora era verdad. El que llamaba era un hombre. Me ha dicho que me presentara en el Museo Ictiológico y que encontraría una noticia de verdad. De modo que me he atado los zapatos, me he sujetado los pantalones y he ido. Era verdad. ¡Amigo mío, qué noticia!

—¿Pero qué cuerno pasaba allí?

—Casi nada. El guardián había sido degollado, y yacía sobre una mesa, como un pez al que van a disecar. Pero había tres muertos más. Uno de ellos tenía una gumía medio clavada en el cuello. El segundo un plomo entre las cejas. El tercero había sido cosido a balazos. Había sangre por todas partes. No era un museo, sino una carnicería.

—Dirás una pescadería, muchacho.

A aquel maldito de Parker no le impresionaba nada, excepto el sonido de una vieja moneda de cien dólares al caer de canto.

—Sí, muy bien. Una pescadería. Porque ahí viene lo más extraño, Parker. Lo que no he entendido.

—¿Y qué es?

—Sobre una de las mesas estaba un tiburón. Ya sabe que han matado a varios frente a las costas de Miami. Bueno, pues éste era el último. Le habían llevado al Museo de Ictiología para disecarlo, porque era un buen ejemplar. En principio nada de extraño.

—Cierto. Nada. Y hasta te diré que los muertos podían estar allí porque se le habían olvidado a alguien.

—Maldito sea, Parker. Oiga esto: el tiburón estaba abierto en canal. Y no lo había hecho un experto. Lo había hecho alguien que no tenía idea de aquello; y además valiéndose de un instrumento tan tosco como una gumía. ¿Qué cuerno podía buscar?

—¿Y a mí qué me explicas? ¡Lo único que importa es que vamos

a hacer una edición especial para chuparse los dedos! ¡Sangre! ¡Sangre por todas partes! ¡Quiero un fotógrafo, dos fotógrafos, tres fotógrafos! ¡Quiero que las sanguijuelas de platina no se vayan aún! ¡Quiero que la rotativa empiece a ser preparada! ¡Quiero diez bobinas de papel! ¡Quiero que los cerdos de redacción se queden sin cenar esta noche! ¡No hacen más que tragar y cobrar, los muy malditos! ¡Quiero que empiece a prepararse una edición morrocotuda! ¡Quiero cien dólares! ¡Quiero que el grabador prepare las máquinas para las fotos! ¡Quiero una chica de veinte años! ¡Dos chicas! ¡Tres chicas...!

¿Y tú qué haces aquí, maldito Donovan? ¿No has oído lo que pido? ¿Por qué no me lo traes?

La secretaria de redacción, que tenía unos treinta años, se sentó en el borde de la mesa y le enseñó las piernas al jefe.

No estaban nada mal.

—¿Le sirvo yo, diré?

—¡Calla! ¡Fuera! ¡Esta noche no quiero mujeres! ¡Lo he pensado mejor! ¡Esta noche quiero sangre!

Y fue a lanzarse sobre el teléfono.

—¿Dónde está el comisario Silvester? ¡Silvester debe saber algo más!

La mano de Donovan le cortó en seco, impidiendo que descolgara el aparato de la horquilla.

—Déjese de Silvester, jefe. Ahora está patrullando por la costa por si hay más cadáveres. Pero voy a decirle una cosa: si lo sabe la policía, lo sabrán también los demás periódicos. Espere media hora para tenerlo todo preparado y entonces yo venderé la noticia a la televisión por un buen puñado de monedas. Ningún periódico de Florida nos adelantará ya entonces, ¿comprendido? Venderemos toda la edición. Ah... Diga a los de publicidad que contraten anuncios para esa edición, prometiendo que vale la pena. Yo quiero el cinco por ciento de todo lo que se contrate.

Parker masculló:

—¿Pero qué clase de periodista eres? ¿No sabes que los periodistas no podemos hacer publicidad? ¡Eso es una infamia! En fin, del cinco por ciento la mitad para ti y la otra mitad para mí. ¿Entendido?

—Váyase al cuerno, Parker. Pero acepto si se contratan para esta

noche más de veinte mil dólares.

—Ah... —Parker alzó las manos—. Yo venderé la noticia a las agencias. La United Press International la pagará bien. No quieras llevártelo todo tú, hombre...

Donovan se pasó una mano por la mandíbula.

—El que va a llevárselo todo, aunque no le guste, será el tipo que me telefoneó —dijo—. ¿Quién cuerno sería?

CAPÍTULO XVI

El tipo que había telefoneado a Donovan sin dar su nombre estaba en aquellos momentos en una situación bastante peor que la del director del Miami News y su repórter de sucesos. Estaba en una lancha alquilada que se dirigía a poca velocidad hacia el lugar donde titilaban unas cuantas luces sobre el agua. Parecían las luces de las barcas de pesca cuando salen de madrugada.

Pero ni era madrugada ni aquello habían sido nunca barcas de pesca. Se trataba de dos lanchas de la Patrulla Portuaria. Silvester, después del registro del Oasis, rastrellaba las aguas por si había más cadáveres. En el expediente que tenía en su despacho había aún demasiados puntos oscuros, y confiaba poder aclararlos esta noche.

Pero iba listo.

Aún no tenía ni idea de lo que había sucedido en Miami Beach, en el Museo de Ictiología.

En aquel momento, mientras el Miami News ultimaba su edición especial, la cadena local de televisión retransmitía la noticia, con algunos fotogramas aún inéditos, mientras anunciaba la edición del diario. En todos los lugares nocturnos de Miami, en toda la agitada costa de Florida, la tensión iba a crecer durante largas horas. Pero de todo eso Silvester, aislado a unas millas de la playa, aún no sabía una palabra.

Dan navegaba a poca velocidad.

El motor fuera borda que había alquilado era de poca potencia. Y en realidad eso formaba parte de su plan. Por el momento no tenía ninguna prisa.

Había dado ya varias vueltas a poca distancia del puerto, mirando de vez en cuando su reloj. Y le extrañaba no apreciar ningún movimiento.

Hasta que vio aquellas luces que se acercaban, saliendo de la bocana. Eran las de una lancha mucho más rápida que la suya y que

además podía ir tripulada por varios hombres a juzgar por su tamaño. Aquella lancha se dirigía inequívocamente hacia él.

Dan Mallory tragó saliva con un esfuerzo. Tuvo que reconocer que eran hermosas las luces de aquella lancha acercándose a gran velocidad.

Pero eran quizá las últimas que vería en su existencia.

Porque allí, aunque no le gustara pensarlo, iba la propia muerte.

Mientras movía el timón, virando hacía alta mar, pensó si no se habría arriesgado excesivamente. Si no habría cometido una locura de la que ya no iba a tener tiempo de arrepentirse.

Porque él sabía que en aquella lancha iban Costello y los últimos hombres que le quedaban.

Dispuestos a jugar su última carta. Decididos a todo.

El plan de Dan Mallory era sencillo y podía resultar eficaz, pero con un defecto: para llevarlo a buen término hacía falta alguien que se jugase la piel. Y el que se la iba a jugar era él mismo.

Dan sabía que pronto tendría que marcharse de Miami, porque Malcom le haría regresar a Nueva York. Eso significaba que quizá no tendría tiempo de encontrar a Costello.

La posibilidad de su captura quedaría en manos de la policía.

¿Pero podía fiarse de ella? ¿Llegaría la policía de Miami a capturar a un millonario como Costello o echaría tierra encima del asunto? Y aunque llegasen a capturarlo, ¿no combinaría Costello las cosas de modo que hubiera falta de pruebas?

¿Hasta qué punto podía él aparecer como responsable de lo que los tiburones habían hecho?

Después de todo era muy posible que Costello quedara en libertad. Y entonces, ¿quién vengaría a Mary Sinatra?

Porque, aunque la muchacha hubiera sido una loca, Dan Mallory no olvidaba su muerte. No olvidaba tampoco la de Vance. No quería que todo aquello quedara sin castigo.

Por eso había telefoneado a Donovan al Miami News pidiéndole que fuera al museo y sobre todo que no olvidara en su reportaje la circunstancia del tiburón abierto en canal.

Eso era lo que más importaría a Costello, quien sin duda, estuviera donde estuviera, oiría la televisión y compraría los periódicos.

La segunda fase del plan de Dan Mallory había consistido en dejarse ver por la zona portuaria, mientras alquilaba la lancha. No le cabía la menor duda de que los hombres de Costello vigilaban todo aquello. Costello creería que él huía y saldría en su persecución.

Costase lo que costase. Dispuesto a jugarse la última carta.

¿Pero qué carta? ¿Qué infiernos podía buscar Costello?

Ahora Dan lo sabía. Ahora conocía el porqué de todas aquellas extrañas muertes. Mientras, con los ojos entrecerrados, veía acercarse la lancha, lo pensó una vez más.

En el fondo era sencillo.

Imaginaba cuál era el verdadero negocio de Costello. Imaginaba qué era lo que le permitía vivir como un pachá.

Espionaje.

Valiosos secretos comprados a los hombres como Zukov y vendidos al mejor postor. Contando para ello con su fama de millonario, con sus falsos cruceros de placer para despistar y con su preparadísimo yate, el Oasis.

Pero aquella vez se trataba de algo más. Se trataba de sacar de Estados Unidos al propio Zukov, contando con la conformidad de éste.

A Dan Mallory le parecía revivir en su mente la película de los últimos sucesos.

Le parecía ver a Zukov lanzándose desde la costa para nadar hasta el Oasis, situado muy cerca. Aunque Zukov nadara mal, en las aguas tranquilas de Miami aquello lo hubiese hecho cualquiera. Y lanzándose desde un lugar solitario y no empleando ningún barco ni lancha a motor, no llamaba la atención de nadie.

Zukov desaparecería sin dejar rastro.

Pero nadie había contado con los tiburones. Nadie había contado con la manada que estaba más cerca que nunca de las playas de Miami Beach.

Los tiburones se habían arrojado sobre Zukov.

Lo habían despedazado.

Y uno de ellos se había tragado... ¡el secreto nuclear que Zukov llevaba consigo!

¡Aquel secreto que podía valer millones!

No cabía duda de que el condenado sabio lo llevaba muy bien

preparado para que no fuese dañado por el agua. Por ejemplo, en un estuche hermético de plástico o de acero. Y ese estuche era el que estaba en la panza de uno de los tiburones. ¿Pero EN CUAL?

Eso lo explicaba todo.

Eso explicaba que Costello tuviera que buscar a la manada costase lo que costase. Que tuviese que matar a todos los tiburones que la formaban. Que tuviese que abrirlos en canal para revolver en sus entrañas. Ya que no tenía a Zukov, necesitaba lo que Zukov había llevado consigo. ¡Lo necesitaba al precio fuese!

Dan Mallory entrecerró los ojos un poco más. Ya estaban muy cerca.

Ya casi podían verle.

Sus pensamientos volaban mientras tanto. Sus pensamientos le decían que Costello, después de todo, no había tenido demasiada suerte. Había causado varias víctimas para poder abrir en canal a unos cuantos tiburones..., ¡pero lo que buscaba no estaba en ninguno de ellos! ¡Estaba en el último, en el que había ido a parar al museo!

¡El último tiburón de la manada!

Y después de lo que había dicho la televisión y publicado el Miami News, Costello ya no podía tener la menor duda de que el secreto de Zukov estaba en poder de Dan. Un Dan al que se había visto merodear cerca de la bocana del puerto... ¡Y al que tenía que dar alcance!

Dan Mallory sacó a su motor toda la velocidad que pudo. Su plan estaba saliendo a la perfección.

Porque la distancia estaba calculada para llegar a tiempo adonde se encontraba Silvester con sus hombres. ¡Costello y sus hombres, armados hasta los dientes, irían a parar de narices ante las lanchas de la policía! ¡Y entonces sí que no podrían huir ni alegar falta de pruebas!

Una especie de débil fogonazo partió de la lanza perseguidora. No se oyó ningún estampido.

Una voluta blanca se formó a muy poca distancia de la nave de Dan. Y entonces éste se dio cuenta de que sus enemigos empleaban granadas, unas granadas silenciosas y eficaces, que le aturdirían por completo si llegaban a caer en su lancha.

Ahora ya surcaba las aguas a toda la velocidad posible. Ya era

incapaz de arrancar más revoluciones al motor.

Pero todo entraba aún dentro de lo calculado. Llegaría sin dificultades ante los patrulleros. Estaría junto a Silvester antes de que Costello le alcanzase.

SFLAAAAAM.

Otra granada estalló casi en la misma popa. Dan hizo un brusco giro para evitar la próxima.

SFLAAAAAM.

Se acercaban cada vez más. De todos modos, y teniendo en cuenta lo próximo que estaba Silvester, Dan mantenía la distancia.

Y de pronto oyó aquel petardeo.

Aquella serie de estornudos del motor, mientras la hélice bajaba de revoluciones peligrosamente. Miró el fuera borda con los ojos desencajados, como si no quisiera creerlo.

¿Pero era posible que le sucediese aquello? ¡Infiernos! ¿Podía tener tan mala suerte?

¿Es que el motor iba a pararse precisamente ahora? La lancha de Costello se acercaba vertiginosamente. Hizo un rápido giro para embestirle.

Y Dan ahogó una maldición, porque se dio cuenta de que por un fallo mecánico todo se perdía. Ahora que estaba casi a media milla de los hombres de Silvester, ahora que tenía a Costello a punto para ser cazado con las manos en la masa, todo se iba al diablo. Aquel maldito asunto se cerraría misteriosamente, con una nueva víctima, a la que nadie podría vengar. ¡Y esa víctima iba a ser él!

Pero ya no podía pensarlo.

Era suicida mantenerse en cubierta de la pequeña lancha.

De modo que se lanzó al agua, hundiéndose en profundidades color tinta.

La más absoluta oscuridad le envolvió. No había ni luna que rielara sobre el océano.

Desesperadamente trató de nadar.

¡Si pudiera alejarse de allí! ¡Si consiguiera escabullirse entre las sombras! Pero pronto se dio cuenta de que aquel esfuerzo también iba a ser inútil. Dos focos de luz barrieron las aguas. Eso significaba que dos hombres de Costello —o quizá Costello mismo—, provistos de equipos de inmersión y de lámparas submarinas, se habían lanzado al océano.

Pronto darían con él. No tenía escapatoria.

Y entonces se dio cuenta Dan de que toda su vida había sido una sucesión de fatalidades. Un empleo mal pagado, un jefe como Malcom, un éxito que ahora se perdía para siempre, una chica como Judith a la que no volvería a ver...

Una de las lámparas dio con él. Se contorsionó y trató de hundirse más en las profundidades.

Pero era inútil. La luz le siguió.

Una jabalina lanzada por un fusil submarino le pasó casi por entre los pelos de la cabeza.

Dan Mallory se contorsionó de nuevo.

Los pulmones le abrasaban ya. No podría permanecer demasiado tiempo así. No podría luchar contra unos enemigos que contaban con todas las ventajas.

Las luces estaban ya una a la derecha y otra a la izquierda. Le acorralaban.

Los dos próximos tiros darían de lleno en él...

Fue entonces cuando le pareció, entre la fantasmal semioscuridad, que una silueta le pasaba rozando. Una fina silueta negra.

Dan pensó con fatalismo:

«Otro... Y éste debe venir con un cuchillo... Ahora sí que más valdrá que rece». De pronto vio brillar algo.

Ahora sí que no podía ni apartarse. Las fuerzas le fallaban. La vista se le nublaba por momentos.

¿Pero qué era lo que le ponían en las manos? ¿Un fusil submarino cargado? ¿Es que estaba soñando?

Fue fantasmal. No estuvo seguro, pero le pareció que una de las luces submarinas temblaba. Que se iba fatalmente al fondo. Era como si... ¡como si alguien hubiera disparado otro fusil submarino junto a él, dando de lleno en el blanco!

Aunque dar en el blanco no era difícil.

Sus enemigos mismos se identificaban. Llevaban las lámparas colgadas del pecho.

Todos los músculos de Dan Mallory se contrajeron. Con un último espasmo de dolor, algo pareció gritar en él: «¡Dispara, maldito imbécil! ¡Dispara, cuerno! ¡Dispara de una vez...!».

Dan podía ver al de la lámpara, mientras que el de la lámpara

no podía verle a él. Apretó el gatillo. Y todo en su cuerpo tembló. Sintió que sus fuerzas se hundían verticalmente. La oscuridad se fue haciendo más negra, más espesa, más densa.

Al despertar se encontró tendido en el fondo de lancha, mientras alguien se inclinaba rítmicamente sobre él. Era alguien que le apretaba los pulmones, volvía atrás, apretaba de nuevo...

«Me están haciendo la respiración artificial... —pensó maquinalmente Dan Mallory—. Por consiguiente no estoy muerto, no estoy muerto, no estoy mu...». ¡Qué iba a estarlo!

De pronto vio a la chica que se inclinaba sobre él. Una chica que no llevaba más que un bikini.

Dan abrió los ojos y casi brincó.

¡Qué piernas! ¡Qué caderas! ¡Qué todo lo demás! Fue a tender las manos hacia la chica.

Pero Silvester por poco le da un puntapié.

—¡No la toque, sobón! ¡De muertos como usted tengo yo llena la cárcel! ¡Tiene gracia el tío! ¡Muriéndose y con las manos listas! ¿No te joroba...?

EPÍLOGO

—¿Sabe lo que le digo, Dan Mallory? —masculló Silvester, cuando ya estaban de regreso hacia Miami Beach—. ¿Sabe lo que le digo, carcamal? Que si Judith no llega a andar detrás de usted todo el rato, y si no llega a seguirle a distancia cuando le vio alquilar la lancha, usted no lo cuenta. ¡Mira que tiene gracia! ¡Ofrecerse como cebo a un tiburón como Costello!

—Pero yo... —susurró Dan, queriendo explicar algo de lo que ya había explicado.

Silvester no le dejó hablar.

—¡Lo que digo! ¡Un suicidio! Claro que la Humanidad hubiera salido ganando con el suicidio de un bicho como usted, pero ahora ya es tarde para lamentarlo. Y oiga lo que le digo, Mallory: ¡le perdono porque mató a Costello, ya que de lo contrario le enchironaría por atentado contra la salud pública!

—¿Pero qué atentado contra la salud pública ni qué cuerno...? ¡Yo no hacía más que bañarme!

—¿Es que no ha leído los cartelitos que hay por ahí: «Prohibido llevar animales a la playa»?

Dan pensó que era inútil discutir.

Intentó librarse de Silvester. Pero éste casi le zarandeó.

—¡Oiga! ¡Oiga, maldito! ¿Y dónde está lo que llevaba Zukov? ¡Usted ha de tenerlo! ¿Dónde lo escondió?

—En el único sitio donde Costello no podía encontrarlo ni aunque me matara cien veces.

—¿Cuál?

—El bolsillo de uno de sus propios hombres: el bolsillo de uno de los muertos del museo. Ahora mismo lo tendrán en la Morgue. No ha de molestarse más que en ir a buscarlo, Silvester.

El comisario ni siquiera le dio las gracias. Lo único que hizo fue refunfuñar:

—¡Vaya, menos mal! ¡Por fin ha tenido una idea...!

Y se largó al otro lado de la lancha. Judith, que seguía junto a Dan, musitó:

—No te preocupes, querido. Seguiremos con la respiración artificial cuando tú quieras.

—¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo!

—Calla, hombre. Antes quiero invitarte a comer.

—¿Dónde?

—En un sitio donde hacen una sopa de aletas de tiburón realmente deliciosa... Dan Mallory volvió a dejarse caer otra vez al fondo de la lancha. Y no pudo ni contestar.

Palabra...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

